



El existencialismo a mediados del siglo XX: una comparativa entre *El túnel* y *El extranjero*

Trabajo de fin de grado

Autora: Luisa Fernanda García Oropeza

Director: José María Marco Tobarra

03.06.2022

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Departamento de Traducción e Interpretación y Comunicación Multilingüe

Grado en Traducción e Interpretación

Piensa, pues, que el hombre, sin ningún apoyo ni socorro, está condenado a cada instante a inventar al hombre.

Jean Paul Sartre, 1945

ÍNDICE

1. Finalidad y motivos	4
2. Estado de la cuestión	4
3. Marco teórico	5
4. Objetivos y preguntas que pretende contestar el trabajo	6
5. Metodología del análisis	6
6. Análisis y discusión	6
6.1. El existencialismo	7
6.1.1. El padre del existencialismo	11
6.1.2. «La existencia precede a la esencia»	16
6.1.3. La filosofía del absurdo	17
6.2. Introducción a los autores y contexto histórico, político y social de la publicación de las obras	19
6.2.1. Vida y obra de Ernesto Sábato	19
6.2.2. Contexto histórico y social de la publicación de <i>El túnel</i>	21
6.2.3. Vida y obra de Albert Camus	23
6.2.4. Contexto histórico y social de la publicación de <i>El extranjero</i>	25
6.3. Una comparativa entre <i>El túnel</i> de Sábato y <i>El extranjero</i> de Camus	26
6.3.1. Argumento de <i>El túnel</i>	26
6.3.2. Argumento de <i>El extranjero</i>	28
6.3.3. Similitudes y diferencias entre ambas obras	31
6.3.4. El existencialismo en <i>El túnel</i> y en <i>El extranjero</i>	33
6.3.4.1. La mirada desencantada con la que el existencialismo ve al mundo y a la existencia humana	34
6.3.4.2. La libertad	39
6.3.4.3. La acción	42
6.3.4.4. La angustia	47
7. Conclusiones	50
8. Bibliografía	52

El existencialismo a mediados del siglo XX: una comparativa entre *El túnel* y *El extranjero*

1. Finalidad y motivos

Este trabajo pretende exponer de manera clara lo que es el existencialismo ateo, su objeto, sus preocupaciones y sus principios fundamentales. De igual manera, busca explicar por qué este movimiento tuvo su mayor auge a mediados del siglo XX, incluso si llevaba más de medio siglo existiendo para ese entonces. Asimismo, el presente documento pretende comparar la obra de Ernesto Sábato y la de Albert Camus con el objetivo de llegar a la conclusión de si el hecho de haber sido escritas en un ambiente de conflicto social relativamente similar influyó en las ideas que se exponen en cada una de ellas o no.

La motivación para escribir el presente trabajo viene del gusto a la obra de Sábato. Después de haber leído dos de sus obras y varios de sus ensayos, he quedado completamente maravillada por su manera de escribir, por sus características frases - párrafo y por la manera en la que cada pasaje está lleno de detalles. *El túnel* es mi libro favorito desde los 16 años, pero es verdad que la idea de que mi libro favorito relatara el asesinato de una mujer a manos de un hombre que odia a todo lo que le rodea, no terminaba de gustarme, me parecía demasiado negativo.

Así pues, me di cuenta de que debía haber más detrás de eso, pero descubrir qué requería de un análisis más exhaustivo. Analizar este libro resultaba imposible si no se hacía desde un enfoque existencialista, y para hacerlo así, había que entender el existencialismo. Así pues, decidí embarcarme en la aventura de esta corriente filosófica que, en primera instancia, puede parecer en extremo pesimista, pero una vez sumergida en ella, uno se da cuenta de que es todo lo contrario. Decidí aprovechar entonces para comparar mi obra favorita, *El túnel*, con un libro que me sugirieron similar, *El extranjero*, de Albert Camus. Me dije que resultaría interesante leer una obra con tintes similares a *El túnel*, escrita por un autor distinto con una trayectoria y un bagaje cultural completamente diferentes. Así fue.

2. Estado de la cuestión

Se habla de existencialismo hace ya más de un siglo y tomaría una vida entera leer la bibliografía entera que le atañe. Sin embargo, mucho se puede entender si se lee a fondo a los autores correctos. Para el presente trabajo, por ejemplo, son tres los pensadores que

resultan esenciales: Jean Paul Sartre, Ernesto Sábato y Norberto Gimelfarb. No es solo porque este documento trate de ellos que resulten tan relevantes, sino porque considero que, leyendo sus principales obras literarias sobre esta corriente filosófica, lo esencial queda más que claro. Los tres son concisos, van al grano al mismo tiempo de dar ejemplos claros y tienen argumentos con los que logran defender su postura.

Jean Paul Sartre, por ejemplo, deja más que claro el objeto, las preocupaciones y la manera en la que el hombre existencialista ve la vida en su discurso de 1945 titulado *El existencialismo es un humanismo*.

Por otro lado, este trabajo no hubiera sido posible sin la conferencia de Sábato pronunciada en Buenos Aires en 1967 que lleva por nombre *¿Qué es el existencialismo?* Dicha conferencia ha resultado en extremo importante para el presente análisis, pues en ella se explica cómo y por qué la filosofía, el existencialismo, entraron en la literatura. Asimismo, habla de la crisis a la que se enfrentaba el hombre en aquellos años, que es la misma a la que se enfrenta ahora.

Por último, pero no menos importante, quiero destacar el trabajo de Gimelfarb. En su ensayo *Las novelas de Sábato y la situación en Argentina de 1948 a 1974* explica la relación que existe entre la manera de pensar de Sábato y en cómo plasma esas ideas en sus obras, así como las razones que probablemente le llevaron a ver la vida de la manera en la que lo hacía. Por otro lado, habla de la situación política en Argentina en el momento de la publicación de *El túnel*. Si bien la situación en Francia o en Argelia cuando se publicó *El extranjero* no era exactamente la misma que la de Argentina, la manera en la que Gimelfarb analiza el contexto político y social que se vivía en aquel momento en el país natal de Sábato, ayuda a encontrar el enfoque adecuado para comprender lo que se vivía en el país en el que se publicó la obra de Camus.

3. Marco teórico

Para el presente documento se ha investigado sobre la naturaleza del existencialismo y sus preocupaciones, así como sobre los porqués de los autores de cuestionar el propósito de la existencia del hombre y de sus acciones. El existencialismo, al ser una corriente filosófica que propone que el ser humano y su existencia carece de un propósito específico, puede resultar en principio bastante impactante. Para lograr ver el lado positivo de la corriente y entender que, al final de todo, el hombre es lo que él se hace, se requiere una reflexión importante, reflexión a la que introduce e invita este trabajo.

De igual manera, el presente análisis pretende comprender la manera en la que los fenómenos filosóficos y metafísicos que trata esta corriente se han descrito en la literatura, sobre todo, por supuesto, en la de Sábato y en la de Camus. El marco teórico es por tanto el que ofrece el existencialismo, y este trabajo contrasta esos principios y esas ideas con su puesta en práctica literaria por parte de Ernesto Sábato y de Albert Camus.

4. Objetivos y preguntas que pretende contestar el trabajo.

Uno de los objetivos principales de este trabajo es, una vez realizado el análisis y la comparativa entre las obras y habiendo llegado a las conclusiones de las que hablamos en el primer apartado, es cuestionar si las ideas y las problemáticas que los autores exponen en sus obras podrían tener sentido o ser válidas en la actualidad, incluso 75 años después de su publicación. Asimismo, se busca analizar si las situaciones que se presentan en ambos relatos podrían reflejar situaciones modernas. En suma, se desea observar qué tanto estas dos obras existencialistas pueden revelar del mundo en el que vivimos.

5. Metodología del análisis

Antes de redactar nada, leí ambas obras. Necesitaba tener los relatos frescos para comenzar a organizar todo en mi mente. Luego, comencé a documentarme sobre el existencialismo, principalmente con ayuda de textos de Jean-Paul Sartre, aunque también de otros autores, en mucho menor medida. Leí sobre la vida de Sábato y de Camus, y entonces decidí que me concentraría en el existencialismo ateo. Una vez tuve claro el objeto de esta corriente, sus preocupaciones y las preguntas a las que pretendía encontrar una respuesta, leí las obras una vez más, pero esta vez, extrayendo todos los pasajes que, a mi parecer, podían relacionarse con ideas existencialistas y recopilándolas en un documento aparte.

Una vez terminado este paso y redactados los apartados en los que hablo del existencialismo, sus principios fundamentales y las biografías de los autores, me documenté sobre el contexto histórico de los países en el año en el que cada obra fue publicada, y así logré entender mejor muchos porqués de los autores. Por fin, procedí a la comparativa entre las obras: se trata de un análisis exhaustivo que, primero, habla de las semejanzas y de las diferencias entre ellas. Luego, las estudia desde un enfoque existencialista profundo. El trabajo termina con la exposición de las conclusiones a las que he llegado.

6. Análisis y discusión

El presente análisis comienza con el relato del nacimiento del existencialismo, mencionando brevemente la corriente que podría considerarse su antecesora, las distintas ramas en las que podría dividirse la corriente y algunos de los autores destacables que compartían esta ideología. Enseguida proseguimos con Sartre, *el padre del existencialismo*, una breve bibliografía. Le dedicamos luego un apartado a la proposición de que *la existencia precede a la esencia*, el punto de encuentro donde los existencialistas en general están de acuerdo. Luego, explicamos la filosofía del absurdo de una manera muy sintética. Lo dicho porque, si bien se trata de una filosofía distinta, sus ideas son muy similares y en algunos casos incluso están vinculadas. Además, Albert Camus, uno de los autores protagonistas en el presente documento, se consideraba uno de los principales exponentes de dicha filosofía, por lo que hablar de ella resulta muy apropiado.

Una vez hemos dejado claros los principios, la ideología y el objeto del existencialismo, procedemos a presentar a los autores de cada una de las obras en cuestión, así como a exponer la situación política y social en la que los libros fueron publicados, lo que nos ayuda a dilucidar la manera de ver el mundo de dichos escritores. Posteriormente, después de tanto contexto, por fin damos inicio al análisis y a la comparativa de las obras. Iniciamos explicando brevemente el argumento de cada una y enlistando las similitudes y diferencias en el plan general entre ellas.

Después, comienza un largo análisis mucho más profundo, visto esta vez con el lente del existencialismo. Desglosamos la corriente en cuatro temas principales: la mirada desencantada con la que el existencialismo ve al mundo, la libertad, la acción y la angustia. Dicha división de temas nos permite lograr un estudio minucioso y detallado del existencialismo desde todos sus ángulos y perspectivas presente tanto en la obra de Sábato como en la de Camus.

Luego, tras mucha reflexión, llegamos al final del trabajo con el apartado de conclusiones, en donde podemos leer lo que las obras nos revelan del mundo en el que vivimos y si, aunque hayan sido publicadas hace alrededor de 75 años, las ideas que exponen podrían seguir siendo *válidas* en la actualidad. Sin más que agregar, adentrémonos entonces a la cavilación sobre el propósito del hombre una vez es puesto en el planeta.

6.1. El existencialismo

La idea del existencialismo comienza a surgir a mediados del siglo XIX en Europa, aunque no fue hasta mediados del siglo XX cuando comenzó a ser conocido en el mundo y a estar en auge. Podría decirse que, en cierto modo, esta corriente filosófica es el hijo póstumo del decadentismo, corriente literaria y filosófica que, a su vez, estaba en contra de todo lo relacionado con la moral y buscaba evadir la realidad que se vivía diariamente (Briceño, 2020). Fue a finales del siglo XIX cuando el existencialismo ve la luz del día y comienza a tomar peso que el decadentismo, representado por autores como Baudelaire en Francia, Wilde en el Reino Unido o Poe en Estados Unidos, ve su fin. El decadentismo es, pues, el antecesor del existencialismo (Educatina, 2012).

Una vez claro el origen del existencialismo, conviene, como lo establece Prieto Prini en su artículo *Las tres edades del existencialismo*, dividir su historia en tres edades distintas que han adquirido una relevante importancia en la historia del pensamiento europeo. Podemos radicar su inicio en 1830 y hablar entonces de la edad del *existencialismo romántico*, yendo desde Kierkegaard a Kafka. Luego, podemos seguir con un *existencialismo metafísico* con Heidegger y Marcel, entre varios otros. Todo esto para llegar al tercer existencialismo, el *existencialismo humanístico*, representado por Sartre y su escuela, entre otros (Prini, 1957). Es en este último, pues, en el que se centrará el presente documento y cuyas ideas se analizarán con ayuda de las obras elegidas.

Este *existencialismo humanístico* comienza a tomar forma con la Primera Guerra Mundial, fuerza en el periodo entre guerras, y alcanza su máximo esplendor a finales y después de la Segunda Guerra Mundial, convirtiéndose en uno de los movimientos más importantes del siglo XX, especialmente en países como Francia y Alemania, pero llegando a muchas otras regiones del orbe, incluida América Latina (Echegoyen Olleta, 2012). Las guerras y la lucha de clases en la segunda mitad del siglo XX propiciaron la propagación de las ideas existencialistas, pues el hombre, su comprensión y su definición eran temas en discusión en dichas situaciones.

Para explicar las ideas y los objetivos del existencialismo, es esencial aclarar que existen dos escuelas de este: el existencialismo cristiano y el existencialismo ateo. En el primero podríamos colocar a Jaspers o a Gabriel Marcel, mientras que en el segundo podríamos colocar a Heidegger y a la gran mayoría de existencialistas franceses, incluyendo a Jean Paul Sartre (Sartre, 1945). El presente trabajo, dados los temas y los autores que en él se abordarán, se concentrará no solo en el *existencialismo humanístico*

del que hablamos en el párrafo anterior, sino también en el ateo. Así pues, este trabajo se analizará desde el enfoque del existencialismo humanístico y ateo. Dejando esto claro, pues, podemos proseguir a exponer las ideas y las fundamentales preocupaciones de dicha corriente filosófica.

Si bien es sabido que el existencialismo es una corriente filosófica, hay quien lo define más bien como una postura crítica dentro de la misma filosofía contemporánea (Educatina, 2012). Sea como sea que se decida verla, su preocupación fundamental es la misma: el hombre. Se interesa en definir y comprender la vida del este, en analizar la existencia humana y su porqué. Analiza la inevitable condición humana, la libertad y la responsabilidad individual y colectiva, así como las emociones y el sentido (y la falta de este) de la vida.

El existencialismo establece que, a diferencia de los demás seres y objetos en el mundo, el hombre es el único que no nace con un propósito, no sabe a lo que viene y no tiene metas previamente definidas, lo que le provoca cuestionarse su propia existencia y le suscita un sentimiento de angustia, pues cada elección que tome en su vida representará un riesgo que no tiene opción de evitar y que, a su vez, repercutirá en todos y cada uno de los que le rodean (Sartre, 1945). No llega al mundo terminado, sino que es la sociedad y él mismo en el seno de esa sociedad el que termina de construirse a sí mismo, y al mismo tiempo que se construye a sí mismo, construye a los demás. Esta construcción de su propia persona se logra dentro del ámbito de la libertad humana, con todas las responsabilidades que vienen con ella.

Esta corriente ve al mundo con una mirada desencantada, pues asume que el hombre está solo y desamparado en la nada y, además de todo, sin un Dios cuya voluntad brinde sentido a la vida misma (Sartre, 1945). Así pues, el existencialismo es crisis, es absurdo, es sentirse perdido, es comprender y aceptar el hecho de que la existencia de cada humano es un acontecer completamente aleatorio y no algo divino, y es aprender a vivir con eso y a ser aquello que cada uno proyecte ser.

Cuando nos ponemos a investigar sobre el existencialismo, la gran mayoría de las fuentes coinciden en que las primeras ideas, las bases de esta corriente, nacen en la mente de Soren Kierkegaard, filósofo danés de mediados del siglo XIX. De igual manera, podemos comprobar que, unos años más tarde, Alemania contribuyó enormemente a enriquecer esta corriente con las ideas de sus pensadores y filósofos, Martin Heidegger o

Friedrich Nietzsche, por mencionar algunos, cuyas ideas ejercieron una profunda influencia en la actual cultura occidental. Si seguimos con los exponentes del existencialismo, encontramos también nombres de españoles como Miguel de Unamuno o José Ortega y Gasset, incluidos también en las listas. Sin embargo, se deduce sin mucho problema al consultar múltiples fuentes, que Francia llevaba la delantera en la carrera del existencialismo en el siglo XX, especialmente en el periodo de posguerras, con pensadores como Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir o Albert Camus, cuyas obras provocaron el *boom* de dicha corriente.

Como se mencionó anteriormente, el existencialismo de mediados del siglo XX llegó para quedarse. Se trata de un movimiento profundo con un sentido trágico de la existencia y con un sentido trascendente que lo caracteriza, de un movimiento que no pasó de moda, pues se trata de un movimiento importante y, si bien es cierto que podría ser integrado a una verdad más profunda y amplia, no se trata de algo que pasa de moda.

La sociedad calificaba al movimiento existencialista de frívolo y de pernicioso, bien pudo haber sido por las ideas que, sin una profunda reflexión, pueden parecer bastante oscuras y negativas, o bien pudo haber tenido algo que ver el periodo en el que el existencialismo tuvo su auge. El punto es que el movimiento no tenía muy buena fama (Sábato, 1967). ¿Cómo es, pues, que un movimiento tildado de tales adjetivos se difundiera como lo hizo? Lo hizo gracias a la literatura, gracias a la novela y a la época en que estas fueron publicadas. La pregunta que merece la pena plantear es, entonces, ¿cómo y en qué momento la literatura se volvió existencialista?

Tal y como lo explicó Sábato en la conferencia que pronunció el 5 de mayo de 1967 en Buenos Aires, titulada *Qué es el existencialismo*:

No es que la literatura se hiciese existencialista, el problema es exactamente al revés, fue la filosofía que, por decirlo así, se hizo literaria. No es que la literatura se acercase a la filosofía para copiar una moda filosófica, sino que la filosofía, [...] se acercó a la literatura y en cierto modo, podemos decir que se hizo literaria. No en el sentido peyorativo de la palabra, sino en el sentido mejor y más genuino, en el sentido profundo de la palabra literaria. [...] La filosofía se había alejado del hombre, bajo la influencia de la ciencia a partir del Renacimiento, y sobre todo a través del gran proceso de la Revolución Industrial producida en los países europeos, particularmente en Inglaterra y luego en otros países (Sábato, 1967, p. 4-6).

Sábato continúa su discurso explicando la manera en la que el hombre occidental estaba subyugado por el poderío de la ciencia y la técnica todopoderosa; por la máquina

de vapor, la electricidad y más tarde, por la energía atómica. Explica cómo dichos avances alejaron al hombre de sí mismo y llevaron a la humanidad a una crisis espiritual, pues si bien la ciencia le brindaba al hombre un poder nunca antes visto sobre el mundo, era incapaz de resolver sus problemas interiores. Sábato expone, pues, que la literatura, la novela, y sobre todo la novela filosófica, fueron el refugio en el que se alojó el hombre occidental para intentar conectar con él otra vez, su alimento espiritual y su desconexión del mundo exterior (Sábato, 1967).

Del existencialismo afloran infinidad de premisas y de teorías y si bien los filósofos existencialistas difieren en varias de ellas, hay un punto en el que todos coinciden (Educatina, 2012). La idea de que «la existencia precede a la esencia», en el caso del ser humano, es el punto en el que los existencialistas de las distintas ramas logran coincidir. Es necesario y vale la pena analizar más a fondo esta proposición enunciada por el llamado *padre del existencialismo* (*El País*, 1980), Jean Paul Sartre.

6.1.1. El padre del existencialismo

Jean-Paul Sartre, muchas veces llamado *El padre del existencialismo* (*El País*, 1980), nació en 1905 en París, misma ciudad en la que murió víctima de un edema pulmonar en 1980. Crece como hijo único y queda huérfano de padre a los quince meses de edad, se desarrolla y se educa en un ambiente más bien culto y de clase alta. Siempre fue un joven estudioso y dedicado, apasionado por la literatura y la escritura, pasión que se vio acrecentada en el momento en el que terminó sus estudios de Filosofía en París (Larousse, s.f.). Conoce a Simone de Beauvoir en la facultad, se vuelven compañeros de vida de ese momento en adelante y juntos «se convierten en el punto de referencia cultural de toda una generación» (Sur, 1973).

Si bien Sartre siempre fue un pensador militante y revolucionario, el filósofo vivió un hecho que potenció dichas actitudes: mientras servía como meteorólogo en el Ejército francés cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, los nazis lo tomaron prisionero en 1940 durante un periodo de doce meses (Ministerio de Cultura Argentina, 2020). Dicho acontecer marca su pensamiento de por vida y tiene, sin duda, una influencia en las obras que redactaría unos años más tarde.

En 1964 fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura, pero lo rechazó. Dicha decisión provocó un escándalo que Sartre juzgaba sin motivos y le declaró a la prensa sueca que no aceptó el premio porque «ningún hombre merece ser consagrado en

vida», además de que dicho galardón «limitaría el impacto de su escritura» (Lezcano, 2020).

En 1945, Sartre dio una conferencia llamada *L'existentialisme est un humanisme*, en la que expuso los principales puntos de su doctrina existencialista. Se trata de una síntesis de su filosofía y podríamos decir que es el «manifiesto del existencialismo» (Amiguet, 2020). Por un lado, expone lo que significa para él el existencialismo, su primer principio, las premisas en las que tiene su base y lo que la corriente intenta lograr. Por otro, defiende a esta doctrina de los constantes reproches y críticas que recibe. Conviene hablar un poco más a fondo de lo que se dijo en esta conferencia para que el resto del presente trabajo tome forma y sentido.

Sartre define al existencialismo ateo, del que es representante, como «una doctrina que hace posible la vida humana y que, por otra parte, declara que toda verdad y toda acción implica un medio y una subjetividad humana» (Sartre, 1945, p. 1.). Expone y explica el primer principio de este movimiento: «el hombre no es otra cosa que lo que él se hace» (Sartre, 1945, p. 3.), lo que significa que el hombre es el único ser vivo en la Tierra que no solo es tal como fue concebido, sino que, además de eso, es tal como él mismo decide ser. Empieza por ser nada, será después tal y como se haga. Es lo que él mismo se quiso hacer después de que su existencia le fue dada, es las decisiones que tomó por su propia voluntad haciendo pleno uso de su libertad. El hombre empieza por existir y es lanzado a un porvenir que moldeará él mismo de la manera en que se lo ordene la razón o el impulso.

El hombre es ante todo un proyecto que se vive subjetivamente, en lugar de ser un musgo, una podredumbre o una coliflor; nada existe previamente a este proyecto; nada hay en el cielo inteligible, y el hombre será, ante todo, lo que habrá proyectado ser. No lo que querrá ser. (Sartre, 1945, p. 3.)

Sartre explica el argumento anterior diciendo que querer es muy fácil, todos podemos querer muchas cosas. Sin embargo, el querer hacer algo en concreto no cambia el rumbo ni de la vida propia ni de la de nadie. Uno puede querer escribir un libro o casarse, pero mientras no se tome acción real, ese anhelo no es nada más que una manifestación espontánea de su voluntad. Así pues, uno de los propósitos del existencialismo es poner a cada hombre en posesión de lo que verdaderamente es y no de lo que aspira a ser, y así dejar caer sobre él el peso real de su responsabilidad en el mundo. Responsabilidad que, hay que decirlo, es mucho mayor de lo que uno puede suponer, pues

afecta a la humanidad entera: ninguna decisión es estrictamente individual. Sartre pone un ejemplo que, en principio, puede parecer no afectar a nadie más que a los directamente involucrados: el matrimonio. Si un hombre, ya sea por pasión, amor, deseo o conveniencia decide casarse con una persona y tener hijos, el acontecimiento no lo compromete solamente a él, pues al tomar esta decisión está encaminando a la humanidad entera en vías de la monogamia (Sartre, 1945, p. 2-4.).

En el momento en el que el hombre toma consciencia de esto, «se da cuenta de que es no sólo el que elige ser, sino también un legislador, que elige al mismo tiempo que a sí mismo a la humanidad entera, no puede escapar al sentimiento de su total y profunda responsabilidad» (Sartre, 1945, p. 4.). Una vez al tanto de su realidad, al hombre le es imposible escapar de ese sentimiento de profunda responsabilidad, lo que lleva inevitablemente a la angustia, pues el peso de sus actos es bastante mayor que lo que él pensaba, lo que vuelve cada decisión más difícil de tomar y, por tanto, la vida más difícil de vivir.

Dostoievski escribió que «si Dios no existe, todo está permitido» (Flachsland, 2017), a lo que Sartre responde que, en efecto: ya que Dios no existe, todo está permitido (Sartre, 1945, p. 5.). El hombre no tiene una guía, al hombre nadie le dice dónde está la línea de lo que distingue al bien del mal y, por tanto, «el hombre está abandonado, porque no encuentra ni en sí ni fuera de sí una posibilidad de aferrarse» (Sartre, 1945, p. 5.). Esta ausencia de estatutos divinos y guía para vivir le da al hombre una libertad absoluta «el hombre es libre, el hombre es libertad» (Sartre, 1945, p. 5.), y Sartre tiene una visión un tanto diferente de la libertad, pues la ve más bien como una condena. Afirma que «estamos solos, sin excusas, [...] y que el hombre está condenado a ser libre. Condenado, porque no se ha creado a sí mismo, y, sin embargo, por otro lado, libre, porque una vez arrojado al mundo es responsable de todo lo que hace» (Sartre, 1945, p. 5.), así como de las consecuencias que estas acciones tengan en la humanidad entera.

Es verdad que todas estas ideas pueden sonar oscuras, negativas o desmoralizadoras, y es por eso mismo que el existencialismo era fuertemente criticado y recibía constantes reproches. Sartre, como era de esperar, salió a defender el movimiento del que se sentía padre de la serie de reproches del mundo.

En primer lugar -y probablemente es el reproche que era recibido más constantemente-, se le echaba en cara al existencialismo que llevaba a la humanidad a un estado de desesperación y angustia constante, estado en el que, según ellos, nada podía lograrse. Argumentaban que la forma de ver la vida desde un punto de vista existencialista conducía a la humanidad a un cierto tipo de quietismo, un estado de inacción en el que uno se conforma con lo que le fue dado sin buscar ningún tipo de cambio o mejora. Sartre, defendiendo su movimiento, les replica que la angustia de la que él habla no conduce a ningún tipo de quietismo. Dice que no es una angustia que lleve a la inacción, sino que, más bien, se trata de un sentimiento que ha conocido cualquiera que haya sido consciente de sus responsabilidades (Sartre, 1945, p.1-5.) Explica que esa angustia que siente una persona al saber el peso que tiene sobre los hombros con dichas responsabilidades, no le impide obrar, sino que, al contrario, cae en cuenta de la pluralidad de posibilidades que la rodean y toma su decisión con mucho más cuidado, pues sabe que solo la opción elegida tendrá valor y peso en el mundo que la rodea. Esta especie de angustia que describe el existencialismo «se explica frente a una responsabilidad directa frente a los otros hombres que compromete» (Sartre, 1945, p. 5.).

Una vez que Sartre deja claro que esa angustia «no es una cortina que nos separa de la acción, sino que forma parte de la acción misma» (Sartre, 1945, p. 6.), afirma que, de hecho, el existencialismo se opone al quietismo por completo:

El quietismo es la actitud de la gente que dice: «Los demás pueden hacer lo que yo no puedo.» La doctrina que yo les presento es justamente lo opuesto al quietismo, porque declara: «Sólo hay realidad en la acción.» Y va más lejos todavía, porque agrega: «El hombre no es nada más que su proyecto, no existe más que en la medida en que se realiza, no es, por lo tanto, más que el conjunto de sus actos, nada más que su vida.» De acuerdo con esto, podemos comprender por qué nuestra doctrina horroriza a algunas personas. Porque a menudo no tienen más que una forma de soportar su miseria, y es pensar así: «Las circunstancias han estado contra mí; yo valía mucho más de lo que he sido; evidentemente no he tenido un gran amor, o una gran amistad, pero es porque no he encontrado ni un hombre ni una mujer que fueran dignos [...]» (Sartre, 1945, p. 8.)

La manera en la que Sartre veía la angustia y el desamparo era, incluso, alentadora. Él veía en esa angustia y en ese desamparo las puertas abiertas para realizar todo lo que fuera necesario para cumplir todos nuestros sueños y esperanzas, pues en nuestras manos está el poder absoluto para definirnos todo lo positivamente que queramos.

Otro reproche que se le hacía constantemente al existencialismo, el mismo que venía sobre todo de los cristianos, era que les quitaba importancia y seriedad a las

empresas humanas, «puesto que, si suprimimos los mandamientos de Dios y los valores inscritos en la eternidad, no queda más que la estricta gratuidad, pudiendo cada uno hacer lo que quiere y siendo incapaz, desde su punto de vista, de condenar los puntos de vista y los actos de los demás» (Sartre, 1945, p. 1.). A esto, Sartre replica que es más bien la infinita posibilidad de elección que tienen los hombres lo que los asusta, y que es por eso por lo que argumentan que «hacer lo que uno quiere y no poder condenar los actos de los demás» es una idea tremenda y arrolladora, pues al no tener una lista de mandamientos que les indique cómo deben o no deben actuar, se sienten aterrados ante las oportunidades que tienen ahora que «son libres».

Un último, pero no menos importante punto del que habla Sartre en su conferencia, es del reproche que se le hace al existencialismo de poner siempre el acento en todos los aspectos negativos de la vida humana. Él explica que lo que se les reprocha no es el pesimismo, sino más bien una «dureza optimista». Lo explica poniendo como ejemplo a un cobarde y a un valiente: el existencialismo declara que uno no nace con ciertas cualidades o defectos, uno no es como es por herencia, sino que se hace a sí mismo. Afirma que la gente prefiere creer que uno nace de cierta manera y que no puede hacer nada para cambiarlo, pues así no siente que debe esforzarse y puede conformarse con lo que, ellos creen, «les fue dado», siendo que las cosas no son así. El cobarde no nace cobarde, no es debido a que nació con un cerebro o un corazón o un pulmón cobarde que él es así, sino porque se ha construido como un hombre cobarde a través de los actos que ha cometido a lo largo de su vida (Sartre, 1945, p. 1-10).

No hay temperamento cobarde; hay temperamentos nerviosos, hay sangre floja, como dicen, o temperamentos ricos; pero el hombre que tiene una sangre floja no por eso es cobarde, porque lo que hace la cobardía es el acto de renunciar o de ceder; un temperamento no es un acto; el cobarde está definido a partir del acto que realiza. Lo que la gente siente oscuramente y le causa horror es que el cobarde que nosotros presentamos es culpable de ser cobarde. Lo que la gente quiere es que se nazca cobarde o héroe (Sartre, 1945, p. 9.)

Visto de esta manera, dice Sartre, el existencialismo es una doctrina completamente optimista, pues el cobarde puede dejar de ser cobarde si así lo quiere y convertirse en héroe si se compromete a hacerlo. Por otro lado, el héroe puede dejar de serlo si es lo que quiere, y sentir con esa transformación menos responsabilidades sobre sus hombros, por lo tanto, sentir menos angustia y llevar una vida más feliz. Es el compromiso total a lo largo de una vida y no acciones aisladas lo que nos definen, y es gracias a ese compromiso total que nos construimos todos los días.

Con estos argumentos, pues, Sartre deja claro que la manera de pensar del existencialista no conduce al quietismo, sino todo lo contrario, pues el hombre se define por sus acciones. Asimismo, reitera lo positivo de la doctrina, ya que el hombre es dueño de su propio destino y la única cosa que le permite vivir, lograr y gozar es el acto mismo.

Habiendo ya aclarado que la corriente en la que se concentra este trabajo no tiene la intención deprimir a su lector, ni mucho menos de incitarlo a conformarse con lo que le ha sido dado, ahondemos más en la premisa que muchas veces es tomada como punto de partida cuando se habla del existencialismo.

6.1.2. «La existencia precede a la esencia»

Esta es una premisa enunciada por Jean-Paul Sartre en esa misma conferencia de 1945 de la que se habló en el apartado anterior, que bien puede ser un resumen de la doctrina existencialista. Decir que «la existencia precede a la esencia», es más fácil de explicar con un ejemplo. Sartre, en su conferencia, da un ejemplo muy similar al que se presenta a continuación y que él explica con un cortapapel (Sartre, 1945, p. 2-3). En este caso, nosotros hablaremos de una mesa.

Esa mesa fue fabricada por un artesano que se inspiró en el concepto de lo que es una mesa para fabricar esa mesa en específico. Pensó en ese concepto y se refirió a un plano, a un instructivo, o a cualquier técnica de producción previa que formaba parte del concepto de esa mesa. La hizo también pensando en el propósito que esa mesa, una vez terminada, iba a cumplir: sostener lo que se pusiera sobre ella. Así pues, la mesa representa un objeto que se produce de una manera en específico y tiene una utilidad definida, se sabe para qué va a funcionar exactamente y cuál será su propósito en este mundo desde antes de que sea hecha. Ningún artesano fabricaría nunca un objeto que no necesitase o cuyas funciones no conociera. La esencia de esa mesa, entonces, podría decirse que es eso: la serie de pasos que hay que seguir para producirla y la función que se sabe que va a cumplir, incluso antes de que haya sido creada (Sartre, 1945, p. 2), su esencia, entonces, precede a su existencia: tiene un propósito definido incluso antes de existir. En su caso, «la esencia precede a la existencia», y esto representa una idea que se opone por completo al existencialismo.

El hombre, al contrario de una mesa, una silla o un cortapapel, es creado y puesto en el mundo sin saber para qué va a servir o cuál es su propósito. Existe antes de tener una esencia, pues, como hemos mencionado antes, ese «propósito», esa «esencia» que lo

caracterizará y será lo más importante de él, se irá formando con las decisiones que vaya tomando a lo largo de la vida. Él decide cómo será esa esencia y las metas que tendrá que cumplir, pues ningún propósito le es dado antes de existir, al contrario de todo el resto de los seres y objetos en el mundo. La vaca es criada para dar leche, el cerdo para volverse jamón, la flor es plantada para ser cortada y convertirse en un regalo, la taza fue fabricada para tomar de ella... ¿y el hombre?

He ahí el punto de partida del existencialismo, existes y luego creas tu esencia tú mismo. Esto, sin embargo, no siempre se ha visto así. De hecho, la idea de que «la esencia precede a la existencia» en el caso del hombre, es la visión que la humanidad tuvo a lo largo de casi toda su historia. Era una visión común que compartían varios pensadores antiguos. Aristóteles, máximo exponente del esencialismo, es un ejemplo de ellos. Según esta doctrina, un objeto es lo que es en virtud de las propiedades que tiene, y que, si dicho objeto perdiera alguna de estas propiedades, perdería su naturaleza (Galisteo Gámez, 2013). Por eso en el existencialismo se dice que no hay naturaleza humana, pues un hombre puede perder alguna de sus propiedades o cualidades y seguirá siendo el mismo hombre.

La religión tenía una influencia muy importante en lo mucho que se tenía esta idea de que la esencia precediera a la existencia, pues para los creyentes, Dios toma el lugar del «artesano» que fabrica la mesa, un tipo de «artesano superior». Ese Dios, desde antes de poner un ser humano en el mundo, tiene ya un plan divino creado solo para ese individuo, pues si bien le da libre albedrío, ese Dios sabe con precisión lo que está creando y este ser será consciente del bien y del mal, y se guiará por esas pautas para llegar a ser un hombre de bien y cumplir con las metas que, según la religión, tiene en el momento en el que nace. Sartre declara que el existencialismo ateo es más coherente, pues

declara que si Dios no existe, hay por lo menos un ser en el que la existencia precede a la esencia, un ser que existe antes de poder ser definido por ningún concepto, y que este ser es el hombre, o como dice Heidegger, la realidad humana. ¿Qué significa aquí que la existencia precede a la esencia? Significa que el hombre empieza por existir, se encuentra, surge en el mundo, y que después se define. (Sartre, 1945, p. 3).

Estudiando más a fondo esta premisa, logramos una vez más llegar a la conclusión de que, como lo dijo Sartre, «el hombre es lo que él se hace».

6.1.3. La filosofía del absurdo

Considero necesario hablar, aunque sea de manera breve, de la filosofía del absurdo, una corriente filosófica cuyas ideas son muy similares, incluso complementarias en algunos casos, a las del existencialismo (Cántaro, 1952). Además, si bien el mundo piensa en Camus, uno de los autores en los que se concentra este trabajo, como un autor muy relacionado con el existencialismo, pues la influencia de este en su pensamiento es clarísima tanto en sus discursos como en sus obras, él negaba pertenecer a ese movimiento. Siempre se identificó más bien con la filosofía del absurdo, que, como leeremos a continuación, es difícilmente separable del existencialismo.

Son muchas las teorías y corrientes filosóficas que intentan encontrar una respuesta a la pregunta de ¿cuál es el sentido a la vida? La filosofía del absurdo es, en cierto modo, una excepción, pues no busca una respuesta a esa pregunta porque ya la tiene: ninguno. La vida no tiene sentido, no tiene ningún significado ni ningún motivo, somos puestos en el mundo sin razón específica, nuestra existencia es absurda. La filosofía del absurdo se ocupa, pues, tal y como su nombre lo indica, de la naturaleza del absurdo.

En resumen, el absurdo trata del conflicto interno del ser humano que surge cuando intenta encontrar el sentido intrínseco y objetivo de su vida, y se da cuenta de que ese sentido es inexistente. En otras palabras, la filosofía del absurdo afirma que no sabemos por qué estamos aquí, ni tampoco lo sabremos porque no hay una razón, que no sabemos cuál es nuestro propósito último, ni individual ni colectivamente (RamTalks, s.f.). Además, la filosofía del absurdo es atea, dice que la ausencia de un dios que pueda juzgar nuestras acciones como buenas o malas, o que tenga planes para nosotros reafirma lo absurdo de la vida. Que, dado que Dios no existe, carecemos de un punto de referencia que otorgue sentido a nuestras acciones, lo que nos conduce a inventarnos una moral (Soberanis, 2010, p.2). Sin embargo, dice que esa ausencia de Dios es un hecho bastante positivo, pues la idea de que la vida no tenga ningún sentido es particularmente liberadora, tal y como en el existencialismo.

¿Para qué está uno aquí? ¿Para qué querría uno querer algo, si la duración de la propia existencia en comparación con la infinidad de la línea temporal es un intervalo ridículo? (RamTalks, s.f.) ¿Para qué querría uno aportar algo al mundo, si lo más seguro es que en 100, 1.000 o 10.000 años, absolutamente nadie sepa que en algún momento existí? Es al formularse este tipo de preguntas como surge el absurdo: en el momento en

el que en el hombre surge la latente necesidad de entender cómo funciona la vida y de darle sentido a su existencia. Camus pensaba que lo que esa búsqueda humana encontrara, siempre iba a ser provisional, pues, dado que no hay un Dios, no existen principios universales ni absolutos que puedan servir como guía, y agrega que, sea lo que sea que hagamos nuestra existencia siempre carecerá de sentido (Soberanis, 2010). Ante este hecho, Camus proponía dos actitudes posibles: el suicidio o la aceptación.

Si bien la filosofía del absurdo afirma que la nada es tanto nuestro origen como nuestro ineludible final, hecho que puede sonar pesimista y poco alentador, no es inspirar esto lo que la corriente pretende. De hecho, como argumenta Harold Soberanis en su ensayo sobre la filosofía del absurdo de Camus,

el hecho de que seamos seres absurdos no implica la idea de pesimismo o renuncia. Muchos han interpretado esta filosofía camusiana como un grito desesperado de pesimismo y rechazo a la vida. Sin embargo, Camus nunca afirmó el desprecio a ella. Por el contrario, lo que él pretende es que asumamos con lucidez que la vida, la existencia o la realidad son absurdas, pero que no por eso nos entreguemos a la desesperación o al pesimismo. Camus, más bien afirma que a pesar de ese carácter absurdo de la existencia, o precisamente gracias a él, la vida adquiere un valor inestimable y que con todos los sufrimientos posibles que la misma existencia implica, es valiosa y digna de vivirla (Soberanis, 2010, p.2).

Camus pues, si bien dice que las únicas dos actitudes que se pueden tomar frente a este absurdo son el suicidio o la aceptación, no incita en absoluto a la primera opción. De hecho, Camus defiende que «no hay nada que refuerce más el absurdo que el hecho de acabar con la vida voluntariamente debido a la presencia del absurdo. Matarse es equivalente a confesar que la vida nos supera o, directamente, que no la hemos entendido al no hallar una respuesta inexistente» (RamTalks, s.f., 16min, 12secs.). El autor, pues, motiva al ser a aceptar en el absurdo en el que vive y a aprovechar esa libertad que le fue dada.

Como pudimos leer, el existencialismo y a la filosofía del absurdo tienen varias ideas que pueden relacionarse fácilmente. Ambas corrientes pueden parecer *a priori* pesimistas y deprimentes, pero es necesario ahondar en ellas para ver que son todo lo contrario y que, más bien, sus ideas pretenden motivar al hombre a darse cuenta de que su destino está en sus manos y de que puede hacer de su destino lo que él decida con la libertad de la que es poseedor.

6.2. Introducción a los autores y contexto histórico, político y social de la publicación de las obras

6.2.1. Vida y obra de Ernesto Sábato

Ernesto Sábato Ferrari nace en Argentina en 1911 y muere en el mismo país en 2011. Estudia Física en la Universidad de La Plata y, al mismo tiempo que sigue su formación, viaja a ciudades como Moscú, Bruselas o París con el grupo de la Juventud Comunista Argentina, del que llega a ser secretario general. Continúa sus estudios y se doctora en Física por la Universidad de La Plata y, gracias a una beca de investigación, tiene la oportunidad de irse a París y colaborar con Irène Joliot Curie, hija de Marie Curie. Cabe decir que las personas que lo conocieron lo definen como alguien de «amplia curiosidad intelectual» (Sábato, 1999).

Decide dejar Europa en 1939 a causa de la Segunda Guerra Mundial y se afilia al Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) en Estados Unidos, donde publica, como único autor, un importante artículo sobre rayos cósmicos. Regresa a Argentina en los años cuarenta e imparte clases de astrofísica, además de ser docente en cursos de doctorado. Este periodo representa una etapa importante de su vida, pues es ahí cuando se introduce al mundo de la literatura al dedicarse a la redacción de libros de texto de física. Ya que estos tenían fines didácticos, Sábato explicaba temas complejos con un lenguaje que cualquiera pudiera entender. Estas obras eran tan buenas y se leían tan fácilmente que fueron ampliamente utilizadas en los colegios de Buenos Aires. Se notaba ya su inclinación hacia la escritura en sus introducciones de un estilo en extremo literario para los contenidos de sus libros.

En 1943, Sábato dimite de la Universidad por razones políticas, momento en el que abandona por completo y para siempre la ciencia para dedicarse de lleno a la literatura. Guido Beck, discípulo de Einstein, intenta convencerlo, sin mucho éxito, de no abandonar su carrera científica, pues «la literatura era una frivolidad» (Chaparro, 2018). Nadie se imaginaba que la cabeza del físico iba a ser igual de habilidosa para las letras, ni siquiera él mismo sabía por qué estaba haciendo lo que estaba haciendo. En *Antes del fin*, una obra de sus memorias publicada en 1999, Sábato afirma que no sabía qué lo hacía escoger la literatura «cuando la ciencia le aseguraba un futuro respetable» y la dejaba a cambio de «un páramo oscuro y solitario» (Chaparro, 2018).

Sábato continúa adentrándose a la escritura en *Sur*, una emblemática revista de Argentina con un claro perfil antinazi y, unos años más tarde, abiertamente antiperonista. *Sur* brindaba un espacio en el que se le abría paso a la polémica y a la crítica. Como dato curioso, fue ahí donde Sábato conoció a Jorge Luis Borges, con quien tuvo esa conocida enemistad por razones políticas de la que hemos escuchado hablar.

Así pues, Sábato se lanza de lleno a la literatura. Escribe novelas, numerosos ensayos de carácter político y literario, e incluso se vuelve orador en grandes conferencias. De toda su obra, la que más destaca es la narrativa, en especial las tres novelas que lo lanzaron a la fama: *El túnel* (1948), *Sobre héroes y tumbas* (1962) y *Abaddón, el exterminador* (1974). Martín Casariego, escritor y político español, afirma en el prólogo de una de las muchas ediciones de *El túnel* que Sábato «es considerado un novelista intelectual, tanto por el rigor en la construcción de sus obras como por la densidad de los problemas de interpretación que suscitan: no en vano es un autor muy influido por el existencialismo» (Sábato, 1999).

Que sea un autor influido por las ideas en las que se basa el existencialismo no es ningún secreto: una de sus más célebres conferencias llevaba por título «¿Qué es el existencialismo?» y todas sus obras tocan temas como el hombre moderno y sus miedos, la crítica a la deshumanización, los peligros que amenazan a la humanidad y el porqué de la existencia. Hechos como estos lo han llevado, incluso, a ser comparado con Sartre, el llamado *Padre del existencialismo*. Sus obras fueron elogiadas por Albert Camus, Graham Greene y Thomas Mann, autores que a su vez exploraban la confusión del hombre moderno y temas éticos moralmente ambiguos. De hecho, fue el mismo Camus quien le recomendó a Sábato que *El túnel* se tradujera al francés.

Estoy de acuerdo con Casariego cuando sostiene que Sábato, desde el primer instante «envuelve con precisión e “imparcialidad” propias del método científico la descripción de un volcán interior a punto de entrar en erupción» (Sábato, 1948). La lectura de Sábato tiene la particularidad de siempre dejar zonas oscuras abiertas a la imaginación. El autor ganó múltiples Doctor honoris causa por distintas universidades en España, Argentina e Italia, el Miguel de Cervantes de Literatura en 1984, el Menéndez Pelayo en 1997 y la Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes de Madrid en 2002, por destacar algunos (Instituto Cervantes, s.f.).

6.2.2. Contexto histórico y social de la publicación de *El túnel*

Resulta interesante leer a Sábato en relación con el suceder político argentino del momento en que cada una de sus obras fue publicada, pues sus relaciones con ciertos grupos sociales y su pensamiento político se ven muy reflejados en sus textos. De igual manera, cabe poner atención en la relación que existe entre la fecha de publicación de la obra y la situación de Argentina, no solo porque esa situación representa «parte importante de la materia que utiliza [Sábato], sino también porque esa lectura nos lleva a deducciones interesantes en lo tocante a la interrelación texto-contexto social» (Gimelfarb, 1986, p. 953).

El túnel se publica en 1948 en Buenos Aires, un momento en el que la pobreza y el conflicto social representan el pan de cada día en Argentina. La fecha de publicación de esta obra, considerada por muchos la más importante de Sábato, coincide con los inicios de la instauración del peronismo: un movimiento «de izquierdas» cuyos objetivos eran la justicia social, la formalización de los derechos de los trabajadores y de las mujeres y la oposición a las políticas imperialistas. Fue creado por Juan Domingo Perón, un dictador o un héroe —depende de a quién se le haga la pregunta—, cuya vida dio un giro importante cuando fue enviado como agregado militar a Italia en los años treinta, pues ahí fue donde, según se dice, adoptó ideas políticas más bien fascistas.

«De Perón y del peronismo se dice todo, lo contrario de todo y, lo curioso es que, en varias ocasiones, ambas tienen razón» (Esparza Torres, 2017). Si bien en la teoría este movimiento suena como algo deseable y magnífico, un tercio de los argentinos (MEMO: política, economía y poder, 2020) afirman que el primer peronismo —el que tenía lugar al momento de la publicación de *El túnel*—, fue un gobierno autoritario, que tuvo vínculos con los nazis y que perseguía a la oposición; que con el triunfo de Perón triunfó el mal, el fascismo y la barbarie y triunfó un movimiento nacionalista que le inculcaba a sus ciudadanos que su nación era el centro del universo, lo que llevaba, entre otras cosas, a la instauración de duras políticas en temas de inmigración. Cabe recordar que los inicios en la escritura de Sábato tuvieron lugar en *Sur*, la revista argentina abiertamente antiperonista y con un claro perfil antinazi. Al tener esto y las ideas que rodean al peronismo en cuenta, la crítica a la deshumanización, el enojo contra el mundo y los miedos del hombre que vemos plasmados en *El túnel*, cobran algo más de sentido. Además, está claro que, para Sábato, un hombre de izquierdas, difícilmente puede salir algo bueno del peronismo.

El momento en el que se publica *El túnel* y lo que se expresa en el libro, nos dejan ver no solo la visión del mundo que Sábato tenía ese momento, sino también la de un pueblo descontento. De hecho, es verdad que:

Esquemáticamente se puede decir que a través de *El túnel* es posible leer la reacción de un intelectual argentino de clase media que, en parte, se identifica con el grupo social *Sur*, la alta burguesía, ante el momento político argentino de 1948. Si se ponen en paralelo las declaraciones de Sábato acerca de Perón y el peronismo, pero sobre todo las que se refieren a Perón, y la manera en que se genera el universo propio de *El túnel* desde el texto, se advierte claramente que el significado del mal en la novela y el de la última frase: «Y los muros de este infierno serán, así, cada día más herméticos», pueden adscribirse a una visión política pesimista, típica de los grupos sociales con los cuales es posible identificar a Sábato (Gimelfarb, 1986, p. 953).

Tomando esto en cuenta, Gimelfarb enuncia que, *El túnel* es, entre otras cosas, la manera que Sábato encontró para traducir en términos novelísticos la profunda perturbación que lo agobiaba ante el rumbo que tomaba su país. Podría decirse que lo que acontecía en aquellos años parecía darle la razón al pesimismo expresado en su novela, lo que explica la visión de encierro y lo inalcanzable que se presenta la comunicación y el acuerdo entre los grupos sociales en *El túnel* (Gimelfarb, 1986).

6.2.3. Vida y obra de Albert Camus

Albert Camus, autor francés de origen argelino o argelino de nacionalidad francesa, nace en Argelia (Corominas i Julián, 2017) en 1913 y muere en Francia en 1960 tras un accidente automovilístico. Su padre muere cuando Camus tiene apenas un año y deja a una madre viuda con muy pocos recursos, lo que lleva a Camus a ser criado más por su abuela que por su madre. Aunque era parte de una familia muy humilde, tuvo la oportunidad de tener una buena educación. Gana becas gracias a su ardua dedicación y recibe donaciones de los profesores que ven en él algo único y especial, lo que le permite estudiar Filosofía en la Universidad de Argel. Se adhiere al Partido Comunista Argelino, pero dimite cuando tiene lugar el pacto entre Stalin y Pierre Laval. Su paso por el comunismo fue breve, de hecho, es más bien conocido por su feroz crítica a la ideología comunista y por haber sido un activista antitotalitario y liberal.

Poco tiempo después, Camus funda la Maison de la Culture d'Alger, donde comienza a escribir obras de teatro más bien antifascistas. A partir de este momento, se lanza de lleno a la literatura y su vida y obra se dedican a transmitir una ideología y un

mensaje que analiza y critica la realidad de la humanidad. En 1937, publica una colección de novelas autobiográficas, *El revés y el derecho*, en la que trabajó más de dos años. Enseguida es contratado como periodista para el *Alger républicain*, un periódico de tendencias progresistas de izquierdas. En este, Camus publica una serie de ensayos, *La miseria en Cabilia*, donde deja claras sus ideas sobre los errores políticos de los franceses y los árabes y sobre lo imposible que parecía que estos llegaran a un acuerdo. La publicación de estos ensayos le trae muchos problemas y se ve obligado a irse de Argelia en 1939.

Se instala en Francia durante un breve periodo, donde termina de escribir *El extranjero* y redacta gran parte de *El mito de Sísifo*. Regresa a Argelia en 1941, donde finaliza *El mito de Sísifo* y comienza *La peste*. *El extranjero* se publica en 1942, novela que lo hace saltar a la fama. Sus obras se siguen publicando durante toda la década de los cuarenta y los críticos comparan el pensamiento de Camus con el de Sartre, hecho que ambos encontraban en exceso desagradable, pues su pasado en común culminó en una amistad rota y, incluso se podría decir, en odio puro. Tras la publicación de varias de sus obras, la sociedad acudía a Camus y a Sartre en busca de respuestas, a lo que ellos respondían con obras cada una más oscura que la anterior. Se habla de ambos como escritores existencialistas, aunque Camus siempre fue enfático en rechazar esta calificación (Gutiérrez Sánchez, s.f., p. 6.). Si bien es cierto que repetía que él no era un autor existencialista, confesó que los escritos y la ideología de Kierkegaard y de Nietzsche, dos filósofos existencialistas por excelencia, tuvieron una gran influencia en él y que de ahí partieron sus esfuerzos por analizar los intentos del ser humano para encontrar el sentido de la vida.

Aunque el público esperaba las obras de Camus con impaciencia y las opiniones de los críticos eran en su mayoría positivas, el escritor no expresaba más que desencanto. Decía que mientras más escribía, más constataba la presencia de la injusticia y del mal en la tierra, hecho que lo llevó a ser agnóstico, pues afirmaba que no podía existir un Dios que permitiera que tales barbaries tuvieran lugar. Así pues, con esta nueva ideología, el absurdo se volvió un tema recurrente en sus obras ya que, sin la existencia de un Dios, todo tiene un desenlace absurdo. Más tarde, incluso afirmaría que el único dilema filosófico que merecía la pena plantearse era el del suicidio, aunque decía que no era la única opción y que había otras salidas, pues «la comprensión de que la vida es absurda puede no ser un fin, sino un comienzo» (EuropaPress, 2018).

Sus obras exponen cómo el hecho de ser consciente de lo absurdo de la vida le permite al hombre reintegrar el tiempo en su única realidad: la de este instante. En ellas nos transmite la pasión por descifrar la existencia humana y la curiosidad por explorar la manera en la que se confronta el hombre con su propia oscuridad. Es considerado uno de los más importantes autores de la lengua francesa y uno de los principales referentes del existencialismo dadas sus destacables obras novelísticas. Fue Premio Nobel de Literatura en 1957, tres años antes de su muerte.

6.2.4. Contexto histórico y social de la publicación de *El extranjero*

El extranjero se escribió entre 1939 y 1941 y se publicó en 1942, una época oscura en la historia de la humanidad en la que la vida no fue especialmente sencilla para ningún individuo, regla a la que Camus no era excepción. Dados sus orígenes y la tierra en la que nació y pasó su juventud, su residencia alternaba entre Francia y Argelia.

Por un lado, Francia estaba pasando por una de las guerras más severas que su historia había visto, y Camus no fue indiferente al sufrimiento de su madre patria: militó en la Resistencia durante la ocupación nazi y fundó el periódico clandestino *Combat*. Por el otro lado, estaba Argelia, ocupada por Francia desde hacía más de cien años y siendo la colonia que más tiempo había permanecido ya bajo el yugo francés. Los tres departamentos en los que estaba dividida la Argelia francesa -Orán, Argel y Constantina- formaban parte íntegra de la Francia metropolitana y, si bien hacía muchos años que la situación era la misma, el ambiente de la Segunda Guerra Mundial comenzó a germinar en los argelinos un sentimiento anticolonialista y a despertar en ellos un espíritu independentista.

Dicha situación era evidentemente compleja para Camus, pues sangre francesa corría por sus venas, pero había vivido como un *piet noir*¹ su niñez, su juventud y gran parte de su vida adulta. Si bien anhelaba que esa tierra que lo vio nacer, donde los atardeceres bermejos se mezclaban con el mar Mediterráneo, dejara atrás el sistema colonial, no quería que esta se desligase por completo de la Francia que alimentó su personalidad y educó su talento. Le reprochaba a Francia el crimen que era que le negara la ciudadanía francesa a los colonizados que la necesitaban, al mismo tiempo que criticaba a Argelia por la tortura y la miseria que en ella se vivía.

¹ Un *piet noir* se trata de una persona de origen francés, aunque también, en menor medida, de otras partes de Europa, que nació o vivió en Argelia durante el periodo colonial francés que culminó en 1962.

Muchos encontraban ambiguo y polémico el posicionamiento y la manera de pensar de Camus respecto a la situación de Argelia. Se decía que tenía una posición «flexible» entre los argelinos anticolonialistas y los ideales de la comunidad gala, lo que en cantidad de situaciones resultaba incompatible. Benjamin Stora, estudioso considerado una de las principales autoridades mundiales en la historia argelina, manifiesta que, si bien Camus estaba de acuerdo en que Francia debía darle más libertad y otorgarle mayor autogobierno a Argelia, no comulgaba por completo con su independencia (VozPopuli, 2013). No obstante, cabe resaltar que se percibía una cierta inclinación favorable de Camus hacia el hexágono, idea que él mismo deja clara al pueblo argelino cuando un joven periodista argelino le pidió su opinión acerca de la situación entre Argelia y Francia, a lo que él contestó: «Entre la justicia y mi madre, prefiero a mi madre» (Salabert, 2007).

Que Camus decidiera exteriorizar sus opiniones no le traía más que críticas y reproches, por lo que decidió que el silencio era una mejor idea: «Cuando una palabra puede conducir a la eliminación despiadada de otras personas, el silencio no es una actitud negativa» (Sainz Borgo, 2013). Lo que siguió fueron críticas por su silencio sobre la situación en Argelia. La situación por la que pasaban ambas de sus naciones lo desgarraba y los sentimientos y sensaciones que transmiten sus obras lo demuestran. No parece difícil entender que declarara que la vida no tenía sentido y que la mera condición humana era absurda, encontrarle una lógica o explicación a las barbaries que tenían lugar en Francia o al acontecer general argelino parece, en efecto, un disparate.

6.3. Una comparativa entre *El túnel de Sábado* y *El extranjero* de Camus

Para hablar de las similitudes y las diferencias que existen entre las obras y así poder dar comienzo a una comparativa entre ellas, así como al posterior análisis de los temas del existencialismo que juzgamos más importantes presentes en ambas narrativas, resulta necesario relatar de manera breve el argumento de cada una de ellas. Con ello, lograremos recordarle dicho argumento al lector que ha tenido ya la oportunidad de leerlas e introducir las historias a aquel que nunca haya leído ni *El túnel* ni *El extranjero*.

6.3.1. Argumento de *El túnel*

«*Que el mundo es horrible, es una verdad que no necesita demostración*».

Juan Pablo Castel

Esta obra es narrada en primera persona por el personaje principal, Juan Pablo Castel, un reconocido pintor en Argentina. Se trata de un hombre que suele sentirse superior a los demás, más bien escéptico y negativo, y con una actitud más bien misántropa. El libro es en realidad la narración de un asesinato, el asesinato de María Iribarne, la única persona que, según Castel, valía la pena en el mundo y la única mujer que podía comprenderlo. Castel se enamora de ella en una de sus exhibiciones de arte en la que María pone especial atención a un peculiar detalle en uno de los cuadros del pintor, llamado *Maternidad*. Castel juzga que dicha acción le es suficiente para demostrar que María es diferente a todos los demás seres humanos que habitan en el planeta, se obsesiona con ella a partir de ese momento, la ama... y, sin embargo, termina matándola. Castel pues, nos cuenta en su relato cómo pasó del amor al odio, del encuentro más maravilloso de su vida a la peor situación de celos y angustia en la que se había encontrado jamás.

Desde el inicio hasta el fin de este proceso psicológico que va del amor y la obsesión al odio y la muerte, Castel nos hace partícipes de todos y cada uno de sus sentimientos. Página a página leemos cómo se va desarrollando en él este afán de posesión sobre María; cómo, al ir conociéndola más y darse cuenta de que él no es el único hombre en su vida, desarrolla miedos e inseguridades que vuelven la convivencia entre ellos algo muy lejano a la relación de ensueño que Castel imaginaba. Sus celos enfermizos lo llevan a hacer conjeturas que lo hacen sentir todavía peor, llevándolo a un estado de angustia y soledad en el que las ideas más oscuras, como el suicidio, por ejemplo, le vienen a la mente.

Al darse cuenta de la bajeza de estos sentimientos, Castel, con mucho pesar, se percata de que él es un hombre más, tan pérfido, insignificante y mezquino como todos esos hombres que tanto critica. El hecho de tomar consciencia su realidad fomenta que surjan en él todavía más inseguridades, por lo que no se siente merecedor del amor de María. Es por esto por lo que cada muestra de amor que le da la mujer le parece falsa; duda de todo, cree que es mejor encontrar una explicación lógica de por qué María *parecía* quererle en lugar de simplemente sentirse feliz y creer en ese afecto. Se tortura dándole vueltas y vueltas a cada situación, pues cree necesario ir en busca de esa *verdad* que, él cree, hay detrás de todo, pues nada puede ser tan simple. En realidad, en esta obra Juan Pablo Castel no hace más que relatarnos su versión de la historia y sus sentimientos con mucho detalle, pero eso basta y sobra para retratar una paranoia que se agrava tanto como para llevarlo a cometer un homicidio.

Es curioso pues, que, aunque Juan Pablo Castel sea un asesino, y el lector lo sepa desde el inicio de la obra, este sienta más bien pena por él, pues la manera en la que se narra el relato hace sentir que Castel es más bien víctima y no victimario. Esto porque, de una manera seca y concisa, Juan Pablo Castel nos deja ver que los problemas con los que lidia, los mismos que le llevan a cometer el homicidio que comete, son los mismos problemas principales a la condición humana: la soledad, el miedo a equivocarse, las inseguridades en uno mismo o el hecho de no sentirse comprendido o correspondido. Así pues, a medida que la tensión va en aumento en la obra, el lector va sintiéndose cada vez más cercano a Castel, a punto de asesinar a su amada.

El final de la obra, momento en el que Castel finalmente llega a la parte del relato en la que asesina a María, es bastante irónica, pues Castel durante toda la obra toma cada decisión tras mucho pensar en las consecuencias que traerá cada una de ellas y en lo importante de proceder de esta manera. Sin embargo, el impulso que lo lleva a asesinar a María, lo deja sintiendo «que una caverna negra se iba agrandando dentro de su cuerpo», con una enorme sensación de vacío y, terminando así con la única persona con la que veía una probable salida del túnel en el que sentía que pasaba su vida, y dándose cuenta de que los muros del infierno en el que vive, a partir de ese momento, «serán cada día más herméticos».

Después de cometer tal acción y de terminar con lo único que le daba sentido y gozo a su vida, Castel al fin entiende que intentar desentrañar el misterio de la existencia humana y de cada una de sus acciones mediante la razón y la lógica es completamente absurdo, pues, al final de todo, la manera en que funciona el mundo no es racional.

6.3.2. Argumento de *El extranjero*

«Pues bien, habré de morir. Antes que otros, era evidente. Pero todo el mundo sabe que la vida no vale la pena de ser vivida».

Meursault

El título de la obra *El extranjero*, puede parecer, en principio, no tener mucha relación con el relato en sí, pero, en realidad, solo hace falta un poco de reflexión de parte del lector para entender que la palabra *extranjero* es perfecta para describir al protagonista de la historia: Meursault. Meursault es un hombre franco-argelino que vive en Argel, está en sus treintas y tiene un trabajo de oficinista muy normal. Lleva una vida bastante tranquila en la que no se presentan novedades ni complicaciones, y Meursault no tiene ni ganas ni

intenciones de que esto sea distinto, pues la idea del cambio no le llama la atención en absoluto. La vida en general le importa poco, y se podría decir que Meursault es la indiferencia en carne viva. Así pues, *El extranjero* es un título que lo describe a la perfección: Meursault vive como un extranjero en su propia vida, un extranjero en el mundo ajeno a todas las situaciones que lo rodean.

La obra, narrada en todo momento por Meursault, comienza con la noticia del fallecimiento de su madre, quien estaba en un asilo de ancianos en Marengo, hasta donde Meursault tiene que ir para asistir al entierro. Al recibir la noticia, Meursault no siente ni tristeza ni angustia, se muestra más bien apático y expresa una tremenda pereza de tener que trasladarse hasta donde había muerto su madre, pues sabía que iba a dormir poco y a pasar calor. Una vez en el funeral, ni siquiera se inmuta ante el cadáver de su madre y pide que dejen el féretro cerrado, pues no le ve sentido a ver a su madre una última vez. Todos los asistentes al funeral quedan bastante extrañados e impactados ante la impassibilidad de Meursault, pues el hecho de que no derramara ni una sola lagrима no era muy compatible con lo que se esperaría socialmente de un hijo que acaba de perder a su madre.

Una vez de vuelta en Argel, se nos presentan otros dos personajes que serán relevantes en el resto de la obra. En primer lugar, está María, una chica alegre y simpática que se enamora de Meursault (resulta difícil para el lector entender por qué) y luego se nos presenta a Raymond, un joven vecino de Meursault que ve en él un hombre que sabe cómo vivir. Después de algunas historias en el relato que nos dejan todavía más claro hasta qué punto Meursault huye de cualquier conflicto o complejidad que se le presente, no por cobarde si no por un genuino desinterés, por juzgar intrascendentes todos los hechos que se le presentan, tiene lugar el acontecimiento que cambia por completo la vida de Meursault (aunque esto no parezca molestarle mucho).

Raymond invita a Meursault y a María a pasar unos días en la playa en casa de uno de sus amigos y estos aceptan. Ya en el lugar, salen a caminar por la playa, donde se encuentran a un árabe con el que Raymond tenía cuentas pendientes desde hacía ya tiempo. Después de un altercado entre ellos que no llega a mayores, regresan a casa, pero Meursault vuelve a caminar a la playa, esta vez con un revolver en el bolsillo que le había quitado a Raymond. Meursault no sale de casa con más intención que la de tomar el aire, sin embargo, se encuentra de nuevo con el árabe, quien, al verlo, empuña su cuchillo. El

sol se refleja en el cuchillo del árabe, encandilando a su vez a Meursault, quien, entre la incomodidad y el calor, decide disparar al árabe, no una ni dos, pero cinco veces.

Meursault, una vez arrestado, argumenta que el hecho de haber matado al árabe fue mero fruto del azar, que no había una razón para hacerlo y que, en realidad, no era su intención. Simplemente, hizo uso de su libertad personal con la que fue condenado al momento de llegar al mundo, sin pensar en las consecuencias y las responsabilidades con las que cambiaría tanto su vida como las de otras personas. Sin embargo, una vez que las consecuencias de sus acciones cayeron sobre sus hombros, se hizo completamente responsable de todo lo que estas implicaban.

Durante los interrogatorios y el proceso penal, tanto los abogados como los jueces querían darle la oportunidad de salir libre, insistían en preguntarle si lo había hecho en defensa propia o si estaba arrepentido de lo que había hecho. Él, pecando de sinceridad, insiste en que no pasó absolutamente nada, que no lo había hecho en defensa propia y que tampoco se arrepentía de haberlo hecho; que había sido un evento fortuito y que no había nada más que explicar. Los jueces, los abogados y hasta un capellán intentaban encontrar una manera en la que Meursault se librara de todos los cargos, pero ya que en cada testimonio no hacía más que dar nulas muestras de empatía, de sensibilidad o de arrepentimiento, es condenado a muerte. Conviene hacer notar que fueron esas las razones que lo llevaron a ser condenado a ir a la guillotina, pues el fiscal juzgó que Meursault era un monstruo sin sentimientos y que eso constituía a un individuo que representaba una potencial amenaza para cualquier otra persona en el mundo. Es por eso por lo que se decide que lo mejor es que su cabeza sea cortada *en nombre del pueblo francés* (Camus, 1942, p. 147).

Incluso cuando los jueces toman esta decisión, Meursault se mantiene en su misma postura, no dice ni hace nada para intentar que los jueces cambien de opinión. No le veía mucho sentido a hacerlo porque consideraba que había dicho ya todo lo que tenía por decir. Que había hecho lo que había hecho solo porque sí, y el hecho de que todos le buscaran una razón lógica le parecía inútil, pues no entendía cómo era que todos esos que buscaban razones no lograban entender que actuar sin lógica es una peculiaridad inherente al ser humano.

En espera a que llegue el día de la guillotina, la conciencia de que su muerte va a llegar pronto lo golpea, y aunque confiesa que no le agrada la idea de que paren esos

latidos de su corazón que tantos años lo llevan acompañando, se muestra más bien impasible ante su inminente fin. Así pues, espera la muerte contemplando el mundo sin esperarse hallar ningún significado de nada, sin cuestionarse las cosas ni buscándole explicaciones a nada.

Si bien la obra termina en la muerte del personaje al que hemos acompañado durante toda la narración, es cierto que, dado al tono en el que Meursault nos cuenta su historia, tan simple y parco, sin ningún sentimiento en la escena, el lector no logra empatizar con él, pues el personaje en general resulta muy frío y distante.

6.3.3. Similitudes y diferencias entre ambas obras

Si bien ambas obras abordan de formas distintas el espíritu existencialista, se presentan numerosas similitudes de las que merece la pena hablar un poco más en profundidad, así como ciertas divergencias en la forma de ver el mundo de los protagonistas de ambas obras, diferencias que resultan relevantes para el presente trabajo.

Para comenzar con esta comparativa, cabe mencionar que, como nos habremos dado cuenta en las páginas anteriores, ambas obras fueron publicadas en un lugar en el que el descontento social estaba muy presente. Los países en los que ambos libros fueron publicados estaban descontentos con el ambiente político. Además de que, de igual manera, ambos fueron publicados en años de la Segunda Guerra Mundial: la obra de Camus, tres años antes de que esta terminara, mientras que la de Sábato justo un año después de su conclusión. Había entonces en el mundo crisis, una gran crisis. Y no solo económica, sino que también social y espiritual.

Por otro lado, nos encontramos con la similitud de la forma en la que las obras son narradas, ambas en primera persona. Además, de nuevo en ambos relatos, nos encontramos ante la misma situación: el personaje principal, un hombre, nos cuenta el antes, el durante y el después del asesinato que comete, así como los sentimientos que acompañaron a las situaciones previas y posteriores al acto. Además, las obras también coinciden en que sendos personajes principales, Meursault y Castel, no experimentaban arrepentimiento alguno. Meursault se mostraba completamente indiferente ante el suceso mientras que Castel, si bien creía que pudo haber habido otras salidas, cree que el acto que cometió está completamente justificado por la manera en la que se comportó María.

También conviene destacar el hecho de que Castel y Meursault, si bien creen que la humanidad no merece la pena por la bajeza de su espíritu, y dicen sentirse parte de esa

humanidad, dejan ver en sus diálogos tintes de egolatría en los que se notan ciertos aires de superioridad. Justamente por saberse conscientes de lo poco que importa la vida en el mundo, se creen mejores que aquellos que no lo están. Otra similitud entre estos dos personajes es que, cada uno a su manera, ambos se sienten encerrados en sendas formas de vivir la vida. Además, cabe destacar que la figura materna de ambos está presente en la obra, pero de una manera muy distante: en el caso de Castel en *El túnel*, el cuadro en el que se fija María lleva por nombre «Maternidad», y el detalle que María ve y los demás no, es una señora en una ventanita. Podemos deducir que este suceso que toca tanto a Castel y le trae tanta nostalgia tendrá algo que ver con su madre. En el caso de Meursault en *El extranjero*, la figura materna se presenta mucho menos sutilmente que en *El túnel*, pues, como pudimos leer anteriormente, Meursault recibe la noticia del fallecimiento de su madre desde la página uno. De igual manera, pudimos leer cómo la indiferencia ante tal acontecimiento le trajo muchos problemas.

Si bien es verdad que ambos protagonistas nos cuentan los cómo y los porqués del asesinato de los que fueron autores, la personalidad de ambos difiere enormemente. Castel y Meursault tienen una manera de ver el mundo y lo que en él acontece en extremo distinta. Ambos experimentan una sensación de absurdo y tienen un espíritu esencialmente existencialista, pero la manera en la que lo viven y lo comunican es muy diferente: por un lado, está Castel, que vive con esperanzas de que su vida puede cambiar para mejor; por el otro, está Meursault, que no alberga ninguna esperanza, no espera que su vida cambie, y mucho menos hace lo necesario para que así sea. Podemos ver a Castel como un existencialista activo, que entiende que él es el dueño de su destino, que el hombre es lo que hace y que, por ello, intenta tomar las riendas de su destino. Por el contrario, podemos tildar a Meursault de un existencialista pasivo, cuya pasividad recuerda al quietismo del que tanto defendía Sartre a su doctrina.

De igual manera, ambos personajes se enfrentan a problemas en común, digamos la soledad y el vacío existencial, por nombrar dos ejemplos. Sin embargo, la manera en la que cada uno les hace frente es completamente distinta. Por ejemplo, Castel intenta llenar su vacío existencial con el amor de una mujer, con el de María Iribarne, específicamente. Por su lado, Meursault, siente ese vacío existencial porque tiene la completa certeza de que no puede esperar nada de la vida y está resignado a vivir con lo que le ha sido dado. También podemos profundizar un poco más en el tema de la soledad. Es evidente que Castel la sufre. Cuando por un motivo u otro no logra estar con María,

recurre a las prostitutas; la soledad y el hecho de no sentirse comprendido lo atormenta. Por otro lado, está Meursault que, aunque no lo dice expresamente, nos deja ver con algunas frases que incluso goza de la soledad de la que hablamos, y que la elegiría antes que cualquier compañía. Además, no existe en él ningún interés de que la gente lo comprenda, no le ve el sentido.

Otro aspecto que merece la pena señalar es la diferencia en el nivel de importancia que cada uno le otorgaba a cada suceso: Castel se preocupaba mucho por cada aspecto de la vida, se cuestionaba por qué la gente decía lo que decía, por qué sí y por qué no. Por su parte, Meursault, narra todos y cada uno de los acontecimientos a su alrededor con la más pura indiferencia y abulia.

Para cerrar el tema de las diferencias entre las obras, conviene hablar del estilo que uso cada uno de los escritores. Aunque esta diferencia tenga más que ver con la forma que con el fondo, resulta importante destacarla, pues tiene mucho que ver con el hecho de que el lector desarrolle (o no) algún tipo de empatía con el personaje, además de que las sensaciones que se transmiten son muy distintas. En primer lugar, tenemos *El túnel*, en el que basta con leer las primeras páginas para darse cuenta de que la mayoría de sus frases son «frases-párrafo». Sábato, al menos en esta obra, utiliza muchas comas y escribe frases muy largas en las que describe los sentimientos y las sensaciones de Juan Pablo Castel de una manera exhaustiva; lo que piensa, lo que planea, lo que le duele, le gusta o le molesta. Esta manera de redactar, si bien en momentos puede resultar abrumadora, sumerge mucho más al lector en la historia, haciéndole sentir cercano al personaje. En segundo lugar, tenemos *El extranjero*, una obra en la que Camus escribe frases muy cortas, algunas que incluso no llegan a una línea. Como consecuencia, su lectura no fatiga y no transmite ninguna cercanía con el personaje, pues, al no manifestar sentimiento alguno, se mantiene bastante ajeno al lector.

6.3.4. El existencialismo en *El túnel* y en *El extranjero*

Como el lector habrá podido observar, basta con leer los argumentos de las obras, una breve síntesis de cada una de ellas, para darse cuenta de que ambas están empapadas de ideas existencialistas, de intentos de comprender numerosos porqués de la existencia y de los quehaceres humanos.

En este apartado, se procederá a un análisis más profundo del contenido existencialista de los dos libros, tomando como base cuatro de los temas que se discuten

con mayor frecuencia dentro de la corriente filosófica en cuestión: el existencialismo. La mirada desencantada con la que se ve al mundo y a la existencia humana, la libertad a la que el hombre es condenado una vez llega al mundo, la acción y la angustia constituyen los temas elegidos. Procederemos al análisis de cada uno de estos con ayuda de múltiples pasajes de las obras, pues al leerlas se tiene una mejor comprensión de este sentimiento de crisis y de vacío existencial del que tanto se ha hablado en el presente trabajo.

6.3.4.1. La mirada desencantada con la que el existencialismo ve al mundo y a la existencia humana

El hecho de que la existencia del hombre preceda a su esencia y de que este llegue a la Tierra sin ninguna meta en particular, puede representar una razón suficiente para llevarlo a sentirse perdido, sin ningún propósito, así como a cuestionarse si realmente vale la pena esforzarse para lograr algo, pues el fruto de dicho esfuerzo, en realidad, no va a cambiar nada en el mundo, y muy probablemente en algunas generaciones nadie ni siquiera recuerde el nombre del hombre cuyo esfuerzo dio dichos frutos.

El hombre, al descubrirse así de desamparado, pero sobre todo al volverse consciente de que por mucho que logre seguirá siendo irrelevante para el mundo, termina desarrollando un sentimiento de desencanto por este, así como por los humanos que en él habitan, pues es en gran parte gracias a ellos (o por su culpa, mejor dicho) que exista el sufrimiento y la miseria en la que el hombre está condenado a vivir. La idea anterior y el sentimiento de absurdo que se expresa en las obras queda mucho más claro con los distintos pasajes extraídos de sendas obras literarias que se presentan a continuación.

6.3.4.1.1. En *El túnel*

La soledad y el desprecio por la gente que siente Castel es un caso bastante peculiar, pues se trata de un pintor famoso, con profesionales que lo halagan y admiradoras que lo aplauden. Sabiendo esto, uno creería que sería difícil sentirse solo o sentir esta aversión por el resto de los humanos, siendo que adulan y lo admiran.

Sin embargo, Castel es un hombre invadido por la más profunda soledad, incluso en un cuarto repleto de personas, incluso en una exhibición de sus propias pinturas en la que la gente contempla su arte. «Sin embargo, de todos los conglomerados detesto particularmente el de los pintores. En parte, naturalmente, porque es el que más conozco y ya se sabe que uno puede detestar con mayor razón lo que se conoce a fondo» (Sábato, 1948, p. 22).

Como se puede intuir de este pasaje, Castel no hace más que ver lo peor de cada persona o situación. Es por eso por lo que hasta a los pintores, a su propio gremio, le encuentra algo de lo cual sentir repugnancia, y al vivir así, le resulta imposible no sentir un cierto rechazo por la humanidad. Esta puede constituir una de las razones por las que Castel repite constantemente y de distintas maneras que «en general, la humanidad me pareció siempre detestable» (Sábato, 1948, p. 44). Además de eso, vale la pena destacar que el personaje de Castel tiene una idea inalcanzable de lo que el ser humano puede ser, pues la mínima acción que él considere petulante o grosera le basta para tachar a un humano de soberbio, de desgraciado y de pérfido. Este hecho resulta curioso y algo confuso al leer a Castel decir que su alma «ha albergado muchas veces la codicia, la petulancia, la avidez y la grosería» (Sábato, 1948, p. 44), pues si bien está consciente de ser uno más de esos hombres, tan ruin y mezquino como el resto, es un hombre egocéntrico y que se cree superior al resto de la humanidad.

Por otro lado, a propósito de la mirada desencantada del mundo y de cuestionarse si el esfuerzo y la dedicación sirven realmente para algo, Castel dice:

A veces creo que nada tiene sentido. En un planeta minúsculo, que corre hacia la nada desde millones de años, nacemos en medio de dolores, crecemos, luchamos, nos enfermamos, sufrimos, hacemos sufrir, gritamos, morimos, mueren y otros están naciendo para volver a empezar la comedia inútil (Sábato, 1948, p. 40).

La anterior reflexión recuerda a la filosofía del absurdo de la que se habló anteriormente. Si bien se dijo que esta filosofía del absurdo estaba mucho más presente en la obra de Camus, el pasaje anterior, presente en la obra de Sábato, resume perfectamente la idea principal de dicha filosofía. «¿Toda nuestra vida sería una serie de gritos anónimos en un desierto de astros indiferentes?» (Sábato, 1948, p. 40).

Como se mencionó en apartados anteriores, la filosofía del absurdo y el existencialismo son difícilmente separables, y el fragmento anterior de *El túnel* es un ejemplo que ilustra esta inseparabilidad: si bien tiene un espíritu existencialista, concluye diciendo que es todo para «volver a empezar la comedia inútil», frase que, a su vez, podría servir como resumen de la obra de Camus del *Mito de Sísifo*, la obra de la filosofía del absurdo por excelencia.

Este *absurdo* con el que nos encontramos en algún momento de la vida, este vacío existencial, puede terminarse, como explicaba Camus, por medio de dos formas: por la

resignación a este absurdo o por el suicidio. Recordemos una vez más que *El túnel* es una obra de Sábato, pero resulta interesante analizar que Castel, personaje creado por este autor, se vea tentado a tomar una salida de las que Camus describía para lograr escapar de ese vacío existencial. Si bien Castel no muestra resignación hasta las últimas páginas de la obra, sí que se ve tentado por el suicidio en más de una ocasión:

Me senté por ahí y lloré. El agua sucia, abajo, me tentaba constantemente: ¿para qué sufrir? El suicidio seduce por su facilidad de aniquilación: en un segundo, todo este absurdo universo se derrumba como un gigantesco simulacro [...] (Sábato, 1948, p. 77).

Castel, al tomar la decisión de no terminar con su vida y seguir participando en esta *comedia inútil*, considera que, si la vida es una pesadilla, la muerte representaría una especie de despertar, pero el hecho de no saber a qué es lo que detiene sus proyectos de suicidio. Sí, vivir en esta pesadilla le resulta desagradable, pero la idea de despertar a una nada absoluta y eterna le resulta todavía más aterrador. Después de mucha reflexión, Castel concluye que

A pesar de todo, el hombre tiene tanto apego a lo que existe, que prefiere finalmente soportar su imperfección y el dolor que causa su fealdad, antes que aniquilar su fantasmagoría con un acto de propia voluntad. Y suele resultar, también, que cuando hemos llegado hasta ese borde de la desesperación que precede al suicidio, por haber agotado el inventario de todo lo que es malo y haber llegado al punto en el que el mal es insuperable, cualquier elemento bueno, por pequeño que sea, adquiere un desproporcionado valor, termina por hacerse decisivo y nos aferramos a él como nos agarraríamos desesperadamente de cualquier hierba ante el peligro de rodar en un abismo. (Sábato, 1948, p. 78).

Al leer este pasaje, Castel, personaje de Ernesto Sábato, confirma la teoría de Camus en la que, si decidimos no cometer un suicidio, terminaremos resignándonos o adaptándonos de una forma u otra a este mundo y a su interminable desfile de acontecimientos infructuosos.

6.3.4.1.2. En *El extranjero*

En *El extranjero*, la mirada desencantada con la que se ve al mundo y a la humanidad está más que presente. Meursault ve a todo y a todos los que están en el mundo más que con desencanto, con desinterés; sentimientos que a decir verdad no están muy lejos el uno del otro.

Como se mencionó anteriormente, Meursault es la indiferencia encarnada, y basta con abrir la obra en una página al azar para darse cuenta de que a este personaje *no le importa nada*. Por ejemplo, en un momento del libro en el que Raymond, su vecino, fascinado por Meursault y por su manera de vivir la vida, pues piensa que es un hombre que «sabe cómo vivir», le pregunta directamente si quiere que sean amigos. Enseguida, Meursault narra: «No dije nada y me preguntó otra vez si quería ser su camarada. Dije que me era indiferente y pareció quedar contento» (Camus, 1942, p. 43). El «nuevo amigo» de Meursault continúa pues contándole su vida y pidiéndole consejos, a lo que este, sin inmutarse, cuenta que Raymond «quería saber qué opinaba de la historia. Respondí que no opinaba nada, pero que era interesante» (Camus, 1942, p. 46).

El personaje principal es una persona indiferente ante las cuestiones que respectan a todas las relaciones interpersonales, incluso la que tiene con su pareja, María. La manera en la que Meursault habla de María en numerosas ocasiones en el relato, da a entender al lector que el personaje utiliza a su pareja simplemente para satisfacer sus deseos carnales: «Cuando río, tuve nuevamente deseos de ella. Un momento después me preguntó si la amaba. Le contesté que no tenía importancia, pero que me parecía que no. Pareció triste» (Camus, 1942, p. 53). Meursault, al no ser una persona que se preocupa por los asuntos de la vida, solo se ocupa de satisfacer sus necesidades humanas: pasajes en los que nos cuenta qué tal ha dormido o que tiene sueño y que quiere dormir, en los que nos cuenta que tiene hambre o lo bien que ha comido, en los que sale a respirar aire fresco o en los que hace el amor con María y se siente satisfecho al finalizar el acto. Si se decide verlo de una manera positiva, se podría entonces describir a Meursault como una persona *sencilla*, pues no hace más que estar satisfecho y tranquilo simplemente recibiendo lo esencial para vivir: un hombre que considera que el lujo de su vida es fumarse un cigarrillo. Sin embargo, la sociedad en la que vive no lo juzga así. No juzga bien que, por ejemplo, María le pregunte si quiere que casarse con ella y que él responda que le era indiferente y que podían hacerlo si ella quería (Camus, 1942, p. 59).

Los prejuicios que la gente tiene de él se ven acentuados cuando su abogado, intentando buscar alguna justificación al asesinato que había cometido, le pregunta si se arrepentía, a lo que Meursault responde que «más que pena verdadera sentía cierto aburrimiento. Tuve la impresión de que no me comprendía» (Camus, 1942, p. 96). Es necesario subrayar que, al responder esto, Meursault *sentía que no lo comprendían*. No comprendían por qué no podía haber matado un hombre simplemente porque sí y no sentir

arrepentimiento alguno al respecto. No hay una situación en la que la nula importancia que Meursault le da a la vida quede más clara que en esta.

En lo que respecta a la manera en la que el personaje principal de la obra de Camus ve a la humanidad, cabe que decir que las pocas veces que no se muestra desinteresado o apático y expresa alguna mínima opinión sobre esta, la ve con una mirada más bien negativa y desconfiada. Por ejemplo, en el funeral de su madre estaban todos los otros ancianos del asilo ahí presentes para darle el último adiós a la mujer. Meursault, que observaba callado, advierte que «en ese momento que estaban todos cabeceando, sentados enfrente de mí, en torno del portero, [...] tuve la ridícula impresión de que estaban allí para juzgarme» (Camus, 1942, p. 18). Luego agrega que «tenía la impresión de que aquella muerta, acostada en medio de ellos, no significaba nada ante sus ojos» (Camus, 1942, p. 20). Es probable que esa manera en la que percibía que la humanidad sentía un total y absoluto desinterés incluso por situaciones tan delicadas como la muerte de una madre, era más bien una de las maneras en las que el propio Meursault se reflejaba, pues verdaderamente era él quien no sentía ninguna pena por aquel fallecimiento.

Si seguimos la misma línea del desinterés en cualquier asunto de parte del personaje principal, el suicidio no es la excepción. Meursault no ve como una opción ese escape al absurdo y al vacío del que habla Camus, pero tampoco lo descarta: «Nos mirábamos sin bajar los ojos y todo se detenía aquí entre el mar, la arena y el sol, el doble silencio de la flauta y del agua. Pensé en ese momento que se podía tirar o no tirar [María] y lo mismo daba» (Camus, 1942, p. 79). Al final, como dijo Meursault en algún punto de su relato, la muerte de María no le interesaría mucho, pues morir era algo normal y la gente termina por acostumbrarse a cualquier ausencia y a olvidar a los que mueren. Es probable que esta capacidad de dejar ir y de ver a todas las personas como algo totalmente prescindible en su vida venga de su madre, pues, como narra en el siguiente pasaje, «me preguntó si me había costado personalmente y contesté que ni mamá ni yo esperábamos nada el uno del otro, ni de nadie por otra parte [...]» (Camus, 1942, p. 121).

Si, al haber leído esto, consideramos que Meursault creció pensando que no se podía esperar nada de nadie, ni siquiera de su propia madre, el hecho de que la muerte le parezca un acontecimiento completamente irrelevante que no afecta la vida de nadie más que de la persona que muere, es bastante más entendible. En este mismo argumento podríamos encontrar la falta de cercanía y sensibilidad hacia el resto de las personas, pues,

al no formar relaciones cercanas que conlleven sentimientos y emociones, el hecho de desarrollar algún tipo de empatía se vuelve complejo.

6.3.4.1.3. Conclusión del apartado

Una vez analizada la manera en la que tanto Sábato como Camus desarrollan el tema de la mirada desencantada del existencialismo en cada una de sus obras, podemos concluir que lo hacen de maneras muy distintas.

Por un lado, está Sábato, que a través de Castel nos da una mirada desencantada de la vida en la que ese «desencanto» es más bien asco, repugnancia ante todo lo bajo que hay en el mundo y en el interior de sus hombres. Además, Castel ve el suicidio como algo definitivo y relevante, una decisión a la que debe preceder una concienzuda reflexión sobre las consecuencias que conllevaría optar por esta opción, algo profundo, algo tentador, pero preferiblemente evitable.

Por otro lado, está Camus, que a través de Meursault nos transmite ese «desencanto» mediante la más pura indiferencia: no hay asco, no hay repulsión, simplemente genuino desinterés. Asimismo, Meursault ve el suicidio como un hecho que puede o no puede pasar, un hecho que, si pasa, bien, y si no, también.

Esta dicotomía entre asco e indiferencia, que al final conduce al mismo sentimiento de vacío, es una de las similitudes más relevantes entre las obras. Esto porque resulta sorprendente darnos cuenta que estos dos personajes que aparentemente son tan distintos en el fondo tengan los mismos problemas: sentirse incomprendidos por los que los rodean, desamparados y solos en el mundo.

6.3.4.2. La libertad

Como se mencionó en apartados anteriores, según Sartre, el hombre nace ya con una condena. No habla del pecado original, habla de la libertad. Sartre dice que el hombre está condenado a ser libre, condenado a hacer uso de esa libertad para tomar decisiones todos los días que le darán rumbo a su vida, formarán su personalidad y definirán su futuro (Sartre, 1945, p. 5).

Como si fuera poco nacer con esa carga sobre los hombros, la libertad viene con una inherente responsabilidad, responsabilidad de tomar decisiones que no solo sean beneficiosas para uno, sino también para la sociedad en la que se vive, pues ninguna decisión es solo y realmente individual. Con esa libertad pues, de la que se debe tomar

riendas y hacer un buen uso, controlando a su vez a todas las dudas y sentimientos que la acompañan y la vuelven complicada de domar, hay que ser responsable con las decisiones que se toman, sin olvidar las repercusiones que estas tendrán en la humanidad.

6.3.4.2.1. En *El túnel*

En las primeras páginas del libro en las que Castel nos habla de lo mucho que detesta a la humanidad y de lo poco lógicas que le resultan las decisiones que toman los demás, afirma: «La experiencia me ha demostrado que lo que a mí me parece claro y evidente casi nunca lo es para el resto de mis semejantes» (Sábato, 1948, p. 19).

Este es un sentimiento que, sin duda, una gran parte de la población ha experimentado. Todos nos hemos visto en la situación en la que discutimos con alguien porque asumimos que ese alguien pensó de la misma manera que nosotros; asumimos que las mismas cosas nos parecen obvias o evidentes, y, en el momento en el que surge algún conflicto porque la persona en cuestión asumió algo distinto, surge este sentimiento en el que su decisión nos parece poco lógica. Es inevitable que este tipo de situaciones se nos presenten. Esto porque el hombre hace con su libertad lo que él cree que es correcto, hecho que siempre será subjetivo, pues, los valores de cada uno dependerán del entorno y de la sociedad en la que se desarrolló. Cabe mencionar que, como hemos dicho antes, en el existencialismo ateo en el que estamos basando este análisis no existe un dios que sirva como guía, por lo que hacer un uso «correcto» de nuestra libertad siempre será un asunto controvertido.

Sábato, en múltiples pasajes de la obra, hace notar lo mucho que las emociones y los sentimientos dificultan el hecho de que el hombre ejerza su libertad como quisiera hacerlo. Para actuar, primero hay que tomar una decisión, y para tomar esa decisión es necesario que el hombre haga uso de su libertad. Sábato, pues, deja claro lo complejo que se vuelve tomar una decisión al mismo tiempo que se intentan gestionar los sentimientos que se presentan en cada situación, ya sea amor, asco, odio, culpa, orgullo, etc. Castel nos explica en el siguiente pasaje que, si no lograra controlar sus impulsos y sus sentimientos, terminaría por perder la cordura.

Mientras volvía a mi casa profundamente deprimido, trataba de pensar con claridad. Mi cerebro es un hervidero, pero cuando me pongo nervioso las ideas se me suceden como en un vertiginoso ballet; a pesar de lo cual, o quizá por eso mismo, he ido acostumbrándome a gobernarlas y ordenarlas rigurosamente; de otro modo creo que no tardaría en volverme loco (Sábato, 1948, p. 34).

Cuando de tomar una decisión se trata e incontables opciones se presentan al alcance la mano, nosotros, como Castel en este pasaje, tenemos que gestionar y ordenar nuestras ideas para tomar la decisión más provechosa posible, en muchas ocasiones, dejando de lado los sentimientos: «Trate de ordenar un poco el caos de mis ideas y sentimientos y proceder con método, como acostumbro» (Sábato, 1948, p. 50). La libertad a la que estamos condenados desde el momento en el que llegamos al mundo no siempre es un regalo tan agradable como parece: requiere de medida, de empatía y de concienzuda reflexión.

Si bien esa libertad de la que tanto hablamos nos lleva a un estado de grata satisfacción espiritual y física, puede también llevarnos a abismos espirituales si no logramos controlar las emociones que con ella vienen, como es el caso de Castel: «Mi cabeza es un laberinto oscuro. A veces hay como relámpagos que iluminan algunos corredores. Nunca termino de saber por qué hago ciertas cosas. No, no eso... Me sentía bastante tonto» (Sábato, 1948, p. 38).

6.3.4.2.2. En *El extranjero*

El tema de la libertad en *El extranjero*, si bien es evidente, pues Meursault toma una decisión tras otra, puede resultar más complicado de distinguir, pues el personaje principal de esta historia no nos muestra ninguna vacilación antes de tomar cualquier decisión. La reflexión más profunda de Meursault después de actuar no llega más lejos que «Pensé entonces que no debí haberle dicho esto. Al fin y al cabo, no tenía por qué excusarme» (Camus, 1942, p. 9). Meursault actúa y vive. No vemos en él el lado dubitativo y reflexivo del que se habló con anterioridad.

Por otro lado, hay una situación que se presenta en *El extranjero* que podemos relacionar con la libertad y analizarla más a fondo: cuando el juicio de Meursault había ya llegado a su fin y ya había sido condenado a la guillotina, el capellán del pueblo se acerca a él para invitarlo a acercarse a Dios para llevar mejor el tema de su inminente muerte. Meursault, alterado, le ordena que se vaya, no logra gestionar su ira, se le lanza al cuello y le grita que no hay ninguna razón para creer en Dios ni en nada de este mundo sin sentido, y le afirma al capellán que el hombre es lo que es en el momento presente y nada más, que no hay nada más allá.

Esta respuesta de Meursault puede recordarnos a la tan anteriormente mencionada premisa de que la existencia precede a la esencia, pues el personaje, haciendo uso de su

libertad, decide no creer en ningún ser superior ni en ninguna vida anterior o antes a esta, lo que le ayuda a ver esta vida más simple y a cuestionarse menos las cosas porque, viéndolo desde esa perspectiva, no hay nada que poner en duda: lo que es, es.

6.3.4.2.3. Conclusión

Si bien tanto Castel como Meursault hacen pleno uso de su libertad. Por un lado, el primero lo hace de una manera reflexionada y premeditada, se pregunta los porqués y se plantea el impacto que tendrían sus consecuencias. Por otro lado, el segundo lo hace porque sí, sin razón ni motivo, sin dudas ni arrepentimientos. Podríamos entonces afirmar que el tema de gestionar su libertad resulta mucho más complejo para el personaje de Sábato que para el de Camus, pues, como pudimos leer, los sentimientos y las emociones juegan un rol fundamental en cómo se usa esa libertad de la que hablamos, y Meursault, al no experimentar ni unas ni otros, se ocupa de su libertad de una manera mucho más sencilla sin siquiera darse cuenta.

Ahora pues, con la idea de la libertad fresca en la mente, pasemos a analizar cómo Sábato y Camus presentan su consecuencia inmediata en sus obras: la acción.

6.3.4.3. La acción.

Una vez más merece la pena incluir aquí la cita de Sartre en la que dice que «el hombre no es otra cosa que lo que él se hace» (Sartre, 1945, p. 3). Tal y como lo explica esta frase, solo hay realidad en la acción, y es esa acción lo que define al hombre, es esa acción lo que lo convierte en el definitivo dueño de su destino, pero no hay que olvidar que es también a través de esa acción como llegan las consecuencias.

Tanto Castel como Meursault cometieron acciones que los encaminaron a terminar encarcelados o degollados, siendo ambas situaciones consecuencia de sus acciones. Analicemos, pues, qué y cómo los llevaba a decantarse por una u otra acción.

6.3.4.3.1. En *El túnel*

Cuando Juan Pablo Castel se queja amargamente de que todos los que lo rodean le buscan motivos a cada cosa que acontece, se pregunta «¿por qué esa manía de querer encontrar explicación a todos los actos de la vida?» (Sábato, 1948, p. 14), si, en realidad, los motivos que llevan al hombre a tomar una decisión nada tienen que ver con las consecuencias de esta. Lo que tendrá algún tipo de repercusión, es el acto en sí. Es ese el que repercutirá en la vida del que lo ejecuta, así como en el de la sociedad que lo rodea. El hecho de que

Castel se plantea esta pregunta resulta un poco contradictorio si tenemos en cuenta que Castel pensaba todo una y otra vez antes de tomar cualquier decisión. Esto, más que confundirnos, puede ayudarnos a darnos cuenta de la batalla interna y del conflicto que tenía Castel en la mente, hecho que puede ayudar a explicar los porqués de varias de sus maneras de actuar.

Castel, como acabamos de leer, le daba vueltas a todo antes de tomar acción alguna. Cuando, en un fragmento del libro, se muestra desidioso entre ir a hablarle a María o no, nos describe la situación de la siguiente manera: «Después desapareció en la multitud, mientras yo vacilaba entre un miedo invencible y un angustioso deseo de llamarla. [...] me sentí irritado, infeliz [...] Esa noche volví a casa nervioso, descontento, triste» (Sábato, 1948, p. 16). En este pasaje vemos cómo, al dejarse manejar por sus emociones, toma la decisión que lo deja sintiéndose *irritado e infeliz*. Toda acción trae alguna consecuencia y en este caso, la consecuencia es que Castel se siente angustiado y bajo de moral. Además, hay que mencionar el hecho de que esta simple voluntad que él tenía de hablarle a María, esta decisión de decidir no hablarle, no tuvo ni el más mínimo impacto en la vida de la chica. Esto, como decía Sartre, es porque el hecho de querer, de tener la intención de algo, no provoca ningún cambio si no es motivo suficiente como para tomar acción.

Otros dos pasajes servirán como ejemplo para demostrar la manera en la que las emociones y los sentimientos humanos lo complican todo, como mencionamos en apartados anteriores. En algunas ocasiones, los sentimientos nos obligan a actuar, en varios otros, nos lo impiden. Juan Pablo Castel nos muestra lo complejo de esta realidad en el siguiente pasaje, en el que se reprocha

¡Cuántas veces esta maldita división de mi conciencia ha sido culpable de hechos atroces! Mientras una parte me lleva a tomar una hermosa actitud, la otra denuncia el fraude, la hipocresía y la falsa generosidad; mientras una me lleva a insultar a un ser humano, la otra se condeula de él y me acusa a mí mismo de lo que denuncié en otros; mientras una me hace ver la belleza del mundo, la otra me señala su fealdad y la ridiculez de todo sentimiento de felicidad (Sábato, 1948, p. 75).

De igual manera, en el siguiente pasaje, podemos leer a Castel exponer sus sentimientos con el mayor detalle posible, como suele hacerlo. En él, intenta convencerse de que disfruta de su soledad (asunto que el lector sabe ficticio, pues basta leer cualquier otro pasaje para darse cuenta de lo mucho que le aterra su soledad), aunque luego aclara

que, cuando esa soledad es fruto de sus acciones más bajas, consecuencia de lo peor de sí, un sentimiento de odio y repugnancia nace en él:

Volví a casa con la sensación de una absoluta soledad. Generalmente, esa sensación de estar solo en el mundo aparece mezclada a un orgulloso sentimiento de superioridad: desprecio a los hombres, los veo sucios, feos, incapaces, ávidos, groseros, mezquinos; mi soledad no me asusta, es casi olímpica. Pero en aquel momento, como en otros semejantes, me encontraba solo como consecuencia de mis peores atributos, de mis bajas acciones. En esos casos siento que el mundo es despreciable, pero comprendo que yo también formo parte de él; en esos instantes me invade una furia de aniquilación, me dejo acariciar por la tentación del suicidio, me emborracho, busco a las prostitutas (Sábato, 1948, p. 77).

En este ejemplo leemos la manera en la que Castel habla de sus «bajas acciones» como algo que le ha traído consecuencias considerablemente negativas, lo que, irremediamente, desembocará en un sentimiento de angustia, tema que dejaremos para el último apartado de este análisis.

En otras ocasiones, es más bien el miedo a las consecuencias de sus actos lo que le impide al hombre actuar: «Por un segundo, el espanto de destruir el resto que quedaba de nuestro amor y de quedarme definitivamente solo, me hizo vacilar» (Sábato, 1948, p. 117). Castel retrata cómo el terror que le provoca la idea de una vida sin María lo lleva a actuar de maneras en las que él no se hubiera imaginado que podía hacerlo, todo con el objetivo de lograr que ella se quedase.

A medida que avanzaba en estas reflexiones, más iba haciéndome a la idea de aceptar su amor así, sin condiciones, y más me iba aterrorizando la idea de quedarme sin nada, absolutamente nada. Y de ese terror fue naciendo y creciendo una modestia como sólo pueden tener los seres que no pueden elegir. Finalmente, empezó a poseerme una desbordante alegría, al darme cuenta de que nada se había perdido y que podía empezar, a partir de ese instante de lucidez, una nueva vida (Sábato, 1948, p. 117).

En este caso, esa idea de quedarse sin nada, esa consecuencia, lo lleva a actuar de una manera en la que pueda evitar que el fin que lo aterra, llegue. Cabe aquí recordar la idea de la que hablamos anteriormente en la que Sartre explica cómo el hombre tiene el mando de su vida. Aquí, pues, Castel toma las riendas y decide realizar acciones que mantengan a María alegre para que así quiera quedarse para siempre. Aunque el cambio de Castel no durara mucho, es destacable el momento en el que se percata de que puede darle el rumbo que quiera a su vida, pues, tal y como él dijo: «nada se había perdido y podía empezar, a partir de ese instante de lucidez, una nueva vida».

Para terminar con el apartado de la acción en *El túnel*, resulta conveniente exponer el pasaje en el que decide ir a por el cuchillo con el que finalmente matará a María:

Fui a la cocina, agarré un cuchillo grande y volví al taller. ¡Qué poco quedaba de la vieja pintura de Juan Pablo Castel! ¡Ya tendrían motivos para admirarse esos imbéciles que me habían comparado a un arquitecto! ¡Como si un hombre pudiera cambiar de verdad! ¡Cuántos de esos imbéciles habían adivinado que debajo de mis arquitecturas y de "la cosa intelectual" había un volcán pronto a estallar? Ninguno (Sábato, 1948, p. 118).

Al leer este pasaje podría deducirse con lo del «volcán a punto de estallar» que Castel, en realidad, había estado reprimiendo con su libertad lo que hacía ya tiempo que quería hacer y que fueron los sentimientos que le provocaron los sucesos que tuvieron lugar en su vida lo que lo llevó a tomar la decisión más importante que haya tomado jamás, pues fue la que lo condenó a terminar sus días detrás de las rejas.

6.3.4.3.2. En *El extranjero*

El tema de la acción en *El extranjero* es más bien complicado de desarrollar, pues si bien Meursault actúa todos los días, tal y como todos los hombres sobre la Tierra, parece que ante la mayoría de las situaciones que se le presentan opta más bien por la *ausencia* de acción. Por ejemplo, en una parte del libro, se percata de que su vecino está golpeando salvajemente a una mujer en el apartamento de al lado: «Algunos ruidos sordos y la mujer aulló, pero de tan terrible manera que inmediatamente el pasillo se llenó de gente. También María y yo salimos. La mujer gritaba sin cesar y Raimundo pegaba sin cesar. María me dijo que era terrible y no respondí. Me pidió que fuese a buscar un agente, pero le dije que no me gustan los agentes» (Camus, 1942, p. 51).

Más adelante en la obra, después de haber matado al árabe, le preguntan que qué pensaba hacer y que si ya tenía un abogado, a lo que Meursault responde: «Le contesté que encontraba el asunto muy simple. [...] Me pareció muy cómodo que la justicia se encargara de esos detalles» (Camus, 1942, p. 88). Volvemos de nuevo a mencionar la indiferencia. Resulta impresionante la manera en la que el personaje delega responsabilidades, la manera que tiene de deshacerse de ellas, la manera en la que huye de cualquier conflicto, justamente, la manera que tiene de *no actuar*. Es por eso por lo que resulta tan complicado analizar el tema de la acción desde el enfoque del existencialismo en esta obra, porque, fuera del asesinato que cometió, ninguna de sus acciones resulta destacable o da más que decir.

Para terminar, conviene que leamos un ejemplo más en el que la acción no tiene lugar y en el que se reafirma la idea de Sartre de que el hecho de querer no basta para cambiar: «“¡No, no puedo creerle!;Estoy seguro de que ha llegado usted a desear otra vida!” Le contesté que naturalmente era así, pero no tenía más importancia que desear ser rico, nadar muy rápido, o tener una boca mejor hecha. Era del mismo orden» (Camus, 1942, p. 164). Es interesante leer una reflexión profunda de Meursault, y, sobre todo, leer que le expresa su reflexión a alguien.

El hecho de que el personaje principal de la obra de Camus sea tan consciente de que no importa lo mucho que quiera algo, porque si al final no hace nada para lograrlo, ese algo nunca llegará, le da la razón a Sartre: sin acción no hay reacción, no hay consecuencias, ni buenas, ni malas. Vemos en Meursault ese quietismo del que tanto se criticaba al existencialismo: el personaje se sabe en un lugar, cree que eso es lo que le toca, lo que le fue dado, y, por consiguiente, no hace el mínimo esfuerzo por cambiarlo.

6.3.4.3.3. Conclusión

Como hemos podido comprobar, Juan Pablo Castel y Meursault no podrían proceder de maneras más distintas. El primero, por un lado, se sabe dueño de su destino y hace lo posible (dentro de lo que sus emociones e impulsos se lo permiten) por darle el rumbo que él desea. El segundo, por otro lado, ve la acción como algo innecesario, algo de lo que es mejor pasar para evitar cualquier conflicto o cambio.

El único acto determinante que comete Meursault, que, además, cometió al azar, lo lleva a ser condenado a la guillotina, y un acto que Castel comete en un momento en el que sus impulsos lo dominan, lo condena a pasar el resto de su vida tras las rejas, cara a cara con la soledad que tanto le aterraba. Es normal y muy humano que el hecho de saber que un solo acto puede cambiar por completo el rumbo de tu vida, desemboque en una profunda angustia. Es por eso mismo que cerraremos este análisis comparando este tema en cada una de las obras, ese sentimiento que aprieta el pecho y nos llena de agobio: la angustia.

6.3.4.4. La angustia

Siempre que se habla del existencialismo, la angustia es un tema recurrente. Tal y como leímos en los apartados anteriores, se nos condena a la libertad una vez ponemos pie en el mundo, y hacemos uso de esa libertad para tomar acciones que a su vez traen consecuencias, consecuencias de las que somos responsables. Toda esta situación deriva

inevitablemente en la angustia, pues vivir siendo consciente de que toda acción que tomamos tendrá consecuencias no es un hecho irrelevante y fácil de asimilar, sobre todo no lo es en el existencialismo ateo, en el que el hombre toma todas esas decisiones haciendo uso de dicha libertad sin ninguna guía, sin ningún dios que le indique lo que es correcto o incorrecto en el mundo, lo que le traerá felicidad o desdicha.

El hombre existencialista declara que el hombre es angustia, y Sábato y Camus no son la excepción. La angustia es, probablemente, el tema al que más se hace referencia en las dos obras que están siendo objeto de nuestro análisis. Ambos se refieren a la angustia de la que el hombre es víctima en repetidas ocasiones sin siquiera mencionar la palabra. No resulta necesario hacerlo para que el lector lo entienda, pues las ideas que expresan los personajes y los sentimientos que transmiten son más que suficientes para dejar clara la angustia que los posee. Así pues, procedamos a dejar lo dicho más claro con ejemplos y pasajes de sendas obras.

6.3.4.4.1. En *El túnel*

Hemos elegido tres pasajes de *El túnel* para este apartado, tres ejemplos que ilustran perfectamente el sentimiento de la angustia. Comencemos con el primero, en el que, casi al inicio de la obra, Castel explica su sentir respecto al tiempo pasado:

La frase “todo tiempo pasado fue mejor” no indica que antes sucedieran menos cosas malas, sino que – felizmente – la gente las echa en el olvido. Desde luego, semejante frase no tiene validez universal; yo, por ejemplo, me caracterizo por recordar preferentemente los hechos malos, y, así, casi podría decir que “todo tiempo pasado fue peor”, si no fuera porque el presente me parece tan horrible como el pasado; recuerdo tantas calamidades, tantos rostros cínicos y crueles, tantas malas acciones, que la memoria es para mí como la temerosa luz que alumbra un sórdido museo de la vergüenza (Sábato, 1948, p. 118).

Como si el presente no le trajera al hombre suficientes agobios y suficientes situaciones en las que debe tomar decisiones importantes, Castel decide aferrarse al pasado, aferrarse a lo negativo que le trajeron sus acciones en algún otro momento de su vida. A cada día le basta con su propio afán, y Castel, al no dejar ir los sentimientos negativos del pasado, se pone sobre los hombros un bagaje emocional enorme, sumándole así angustia a su existencia. Si bien es verdad que las consecuencias de decisiones pasadas pueden ser las responsables de que estemos en el lugar donde estamos hoy, hay que recordar la idea de que somos dueños de nuestro destino, por lo que dejar ir las angustias

del pasado para poder construirnos de la manera en la que queremos hacerlo, resulta necesario.

Ya hacia el final de la obra, poco antes de asesinar a María, Juan Pablo Castel compara su vida con un túnel: «[...] y que en todo caso había un solo túnel, oscuro y solitario: el mío, el túnel en que había transcurrido mi infancia, mi juventud, toda mi vida (Sábato, 1948, p. 123). Esta cita nos muestra la manera en la que Castel siempre se sintió profundamente solo, aislado del mundo, nos hace una metáfora con una vida sin luz y sin alegría, consecuencia del absurdo de la vida al que no logró domar o de sus malas decisiones. Para terminar, conviene agregar el pasaje que, según considero, expresa con palabras mejor que ningún otro lo que se siente la angustia y el vacío que posee al hombre cuando lo invade este sentimiento:

¡Dios mío, no tengo fuerzas para decir qué sensación de infinita soledad vació mi alma! Sentí como si el último barco que podía rescatarme de mi isla desierta pasara a lo lejos sin advertir mis señales de desamparo. Mi cuerpo se derrumbó lentamente, como si le hubiera llegado la hora de la vejez (Sábato, 1948, p. 125).

El túnel está lleno de pasajes así, de pasajes que crean una imagen mental que nos transmite la angustia de Castel, una angustia que, muy probablemente, la gran parte de los hombres han experimentado en algún momento de su vida. Es por esta manera de narrar las situaciones, por esta manera de hacernos sentir partícipes de su dolor, que, como se mencionó anteriormente, el lector desarrolla cierto tipo de vínculo con Castel e incluso llega a sentir pena por él cuando es encarcelado y se da cuenta de que se enfrentará a la soledad todos los días de su vida.

6.3.4.4.2. En *El extranjero*

En *El extranjero*, la angustia está presente, claro. Sin embargo, lo está de una manera muy distinta a la que vemos en *El túnel*. Meursault no transmite ningún tipo de angustia o tristeza desgarradora, sino más bien un profundo vacío existencial que, estaremos de acuerdo, no está lejos de ser lo mismo que la angustia o la desdicha.

Tan ausente está esa angustia desgarradora de la que hablamos, que incluso Meursault explica que «Hubiera querido tratar de explicar cordialmente, casi con cariño, que nunca había podido sentir verdadero pesar por cosa alguna. Estaba absorbido siempre por lo que iba a suceder, por hoy o por mañana» (Camus, 1942, p. 139). Por terrible que suene, esta frase suena a que Meursault actuaba más bien como un animal: sin pensar en

las consecuencias, satisfaciendo sus necesidades básicas, preocupándose por estar bien en el momento presente y nada más. Resulta muy peculiar que, en repetidas ocasiones, Meursault afirma que: «En el fondo no existe idea a la que uno no concluya por acostumbrarse» (Camus, 1942, p. 159). Esta manera de pensar le evita, inevitablemente, mucho sufrimiento. No la pasa mal porque decide que así es la vida (de nuevo el quietismo del que hemos hablado) y que terminará acostumbrándose a todo.

Puede parecer que Meursault utiliza el argumento de la costumbre para esconder o justificar su vacío emocional, pues, incluso en la cárcel esperando a que le corten la cabeza, no parece sufrir mucho:

Había leído que en la cárcel se concluía por perder la noción del tiempo. Pero no tenía mucho sentido para mí. No había comprendido hasta qué punto los días podían ser a la vez largos y cortos. Largos para vivirlos sin duda, pero tan distendidos que concluían por desbordar unos sobre los otros. Perdían el nombre. Las palabras ayer y mañana eran las únicas que conservaban un sentido para mí (Camus, 1942, p. 110).

Evidentemente, transmite un sentimiento de vacío, pero es probablemente ese absurdo y sinsentido de la vida, y el hecho de saber que su presencia o su ausencia en el mundo no cambia nada, lo que hacen que mantenga los pies en la tierra y no caiga en la desesperanza ni se vuelva loco. Se resigna a que se acaben sus días, pues todo eso encaja en el sinsentido de la vida. «Después de todo, pensándolo bien, no estaba en un árbol seco. Había otros más desgraciados que yo. Por otra parte, mamá tenía la idea, y la repetía a menudo, de que uno acaba por acostumbrarse a todo» (Camus, 1942, p. 106). Al pensar de esa manera, es verdad que ninguna situación es lo suficientemente mala como para que un sentimiento de angustia lo invada.

Incluso ante la espera de los guardias que lo llevarán a la guillotina, lo que uno podría percibir como la peor situación posible, Meursault se muestra sereno. Sí, sereno, pero profundamente vacío y solo:

Ni siquiera estaba seguro de estar vivo, puesto que vivía como un muerto. Me parecía tener las manos vacías. Pero estaba seguro de mí, seguro de todo, más seguro que él, seguro de mi vida y de esta muerte que iba a llegar. Sí, no tenía más que esto. Pero, por lo menos, poseía esta verdad, tanto como ella me poseía a mí (Camus, 1942, p. 165).

Este último pasaje refleja la manera en la que se presenta el tema de la angustia en la obra de Camus, una angustia, cabe mencionar, un tanto distinta a la que se menciona a lo largo de la obra.

6.3.4.4.3. Conclusión

Como pudimos comprobar con los distintos pasajes utilizados, en el tema de la angustia es donde más diferencias podemos encontrar entre los personajes. Por un lado, la angustia que Castel experimenta lo posee por completo, lo domina, lo desgarrar, lo destruye. Esto sumado a que sigue preocupándose por asuntos del pasado, lo que empeora la manera en la que se siente todavía más.

Por otro lado, la angustia de Meursault es mucho más sutil, casi imperceptible. Descubrir la angustia en las palabras de Meursault requiere de una reflexión mucho más profunda, pues no la deja tan a la vista como Castel, sino que se asoma entre el vacío y la indiferencia con las que vive. Además, hay que aceptar que Meursault es un hombre poco reflexivo, mucho menos reflexivo que Castel, lo que lo ayuda a no agobiarse ni con temas del pasado ni con asuntos del futuro. Ya que las consecuencias de los actos vienen posteriormente, una vez se han cometido los actos y el tiempo ha pasado, el hecho de no ver a futuro vuelve difícil que la angustia invada el corazón de Meursault.

7. Conclusiones

Después de analizar el existencialismo, su objeto y sus preocupaciones, así como la manera en la que estos se presentan en la obra de Sábato y en la de Camus, nos es posible dar respuesta a las cuestiones que nos planteamos en la introducción de este trabajo. Podemos ahora concluir que, si bien son muchas las obras que pasan de moda, no es el caso ni de *El túnel* ni de *El extranjero*, pues las ideas y preocupaciones que ambas exponen siguen siendo tan válidas como lo eran hace 75 años, incluso más. Esto se debe a que los problemas con los que se enfrentan los personajes de las obras, ambas publicadas en los años 40, cabe recordar, son los mismos que enfrenta el hombre actual en la segunda década del siglo XXI.

El mundo hoy, más que nunca, está pasando por una formidable crisis, tan evidente que no merece la pena que la analicemos ni que entremos en detalle. Y tal como el mundo, el hombre está en crisis también; se enfrenta todos los días al vacío existencial, a la soledad, a la ansiedad, a la exclusión, a la depresión, al miedo a no encontrar el amor o a que nadie lo comprenda, tal y como es el caso de Juan Pablo Castel y de Meursault en las obras. El hombre está cada vez más cerca de la ciencia y la tecnología y cada vez más lejos de sí mismo. No se da el tiempo de escucharse en el ajetreo y los conflictos del día a día, lo que lo lleva a una profunda crisis espiritual, a vivir sin vivir.

Darse cuenta de que los problemas espirituales a los que el hombre tenía que hacer frente hace 75 años no son en absoluto distintos a los que tiene que hacer frente ahora, nos revela mucho del mundo en el que vivimos. Nos lleva a hacernos preguntas como ¿de qué sirve entonces tanta tecnología?, ¿realmente estamos avanzando? ¿o estamos dando pasos para atrás? Las obras, entonces, cada una con su estilo y sus distintas maneras de exponer esta corriente filosófica, logran tener hoy el mismo impacto en su lector como en el momento de su publicación, pues los miedos e incertidumbres expuestos en ellas son tan válidos como lo eran entonces. El lector hoy comprendería, además de los problemas internos que acabamos de mencionar, esa falta de humanismo y de empatía de la que se habla en ambas obras.

Por otro lado, hay que mencionar el hecho de que Sartre afirmaba que el existencialismo era una corriente bastante positiva. La verdad es que, sin un buen análisis y una profunda reflexión, las obras parecen negativas. Para entender el punto de vista de Sartre, es necesario tomarse el tiempo de reflexionar y ver que estos personajes terminaron de la manera en la que terminaron por elección propia, que todo pudo haber sido distinto, que hubieran podido actuar de otra manera y darle el rumbo a sus vidas que ellos quisieran. Una vez visto así, una vez dejamos de lado aquel *pesimismo* y nos damos cuenta de que en realidad el tema es la característica *dureza optimista* del existencialismo, nos puede ayudar a motivarnos, ayudar a darnos cuenta de que todas las puertas del mundo están abiertas para nosotros y, que para las que no lo están, tenemos el poder de fabricar nuestra propia llave.

8. Bibliografía

- Actwoality. (2021, noviembre 16). *¿QUÉ es el PERONISMO? POLÍTICA ARGENTINA EXPLICADA en 4 Minutos*. <https://www.youtube.com/watch?v=Ob8nf9r529c>
- Amat, K. (2019, junio 1). *Jean Paul Sartre contra Albert Camus*. El Periódico. <https://www.elperiodico.com/es/ocio-y-cultura/20190601/jean-paul-sartre-albert-camus-7483128>
- Battista, F. (2020, agosto 19). *Ernesto Sábato: El escritfíco argentino*. EsparCiencia. <https://esparciencia.com.ar/contenido/nota-ernesto-sabato-el-escritfíco-argentino/>
- Bibliothèque nationale de France. *Albert Camus (1913-1960) —Bibliographie*. (s. f.). Recuperado 6 de febrero de 2022, de <https://www.bnf.fr/fr/albert-camus-1913-1960-bibliographie>
- Camus y el existencialismo Ca ex*. (s. f.). Recuperado 21 de mayo de 2022, de <https://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:qEaxyfAevtcJ:https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5340067.pdf+&cd=11&hl=es-419&ct=clnk&gl=es>
- Camus, A. (1942). *El extranjero*. Ediciones Orbis.
- Cantaro, S. (1952). El absurdismo o filosofía del absurdo. *Universidad*. 25 (1952): 157-184. <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/handle/11185/3615>
- Chaparro, L. (2018, junio 24). *El desamor entre Ernesto Sábato y la ciencia*. OpenMind BBVA. <https://www.bbvaopenmind.com/ciencia/grandes-personajes/el-desamor-entre-ernesto-sabato-y-la-ciencia/>
- Corominas i Julián, J. (2017, noviembre 25). «*El extranjero*» de Camus: *Las claves secretas de una novela inmortal* [Periódico]. El Confidencial. https://www.elconfidencial.com/cultura/2017-11-25/albert-camus-el-extranjero-75-anos_1482873/

Daniel, J. (2002, noviembre 17). *Camus y el terrorismo en Argelia* [Periódico]. El País.

https://elpais.com/diario/2002/11/17/domingo/1037508758_850215.html#:~:text=Camus%20pr opuso%20declarar%20que%20la.presentes%2C%20estaba%20dispuesta%20a%20repararlos.

Diario Sur. (2020, junio 20). *Del filósofo existencialista al compositor neurasténico*.

<https://www.diariosur.es/culturas/filosofia-existencialista-compositor-20200621002225-ntvo.html>

Educatina. (2012, enero 5). *Existencialismo: Introducción | Filosofía*.

<https://www.youtube.com/watch?v=r4iHjbbFrk>

Educatina. (2012, enero 5). *Existencialismo—Jean Paul Sartre—Filosofía—Educatina*.

<https://www.youtube.com/watch?v=zTCRg7tiRnA>

El País (1980, abril 15). Murió Jean Paul Sartre, padre del existencialismo contemporáneo.

https://elpais.com/diario/1980/04/16/portada/324684005_850215.html

Esparza Torres, J. J. (2017, marzo 24). *¿Qué es el peronismo?* Intereconomiatube- Tiempos modernos. <https://www.youtube.com/watch?v=BiDeuHBVmHE>

Europa Press (2016, enero 4). *58 años de la muerte de Albert Camus: 10 de sus citas imprescindibles*.

<https://www.europapress.es/cultura/cine-00128/noticia-56-anos-muerte-albert-camus-10-citas-imprescindibles-20160104124930.html>

Euston96. (2020, abril 5). *Decadentismo | Qué es, características, historia, obras, autores | Literario, mexicano*. <https://www.euston96.com/decadentismo/>

Filosofía Contemporánea. (s. f.). *Sartre—Existencialismo*—Recuperado 25 de febrero de 2022, de

<https://www.e-torredebabel.com/Historia-de-la-filosofia/Filosofiacontemporanea/Sartre/Sartre-Existencialismo.htm>

Flachsland, M. *Si Dios no existe, ¿todo está permitido?* (s. f.). Recuperado 21 de mayo de 2022, de

<https://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:zDIEGIvjnf0J:https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6119840.pdf+&cd=12&hl=es-419&ct=clnk&gl=es>

- Gimelfarb, Norberto. *Las novelas de Sábato y la situación argentina de 1948 a 1974*. Revista Iberoamericana, dic. 1986. ISSN 2154-4794. Disponible en: <https://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/4276> .
- Hernández Muñoz, M. (2011). *Estudio comparativo de El túnel y El extranjero*. Revista de iniciación a la investigación en Filología. Número 05, septiembre 2011. Disponible en: <https://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:z1gojytiSiMJ:https://w3.ual.es/revista/s/PhilUr/pdf/PhilUr05.3.HernandezYVique.pdf+&cd=2&hl=es-419&ct=clnk&gl=es>
- Instituto Cervantes. *Ernesto Sabato, bibliografía*. (s. f.). Recuperado 5 de febrero de 2022, de https://www.cervantes.es/bibliotecas_documentacion_espanol/biografias/budapest_ernesto_sabato.htm
- Instituto Cervantes. *Ernesto Sábato, premios*. (s. f.). Recuperado 5 de febrero de 2022, de https://www.cervantes.es/bibliotecas_documentacion_espanol/biografias/budapest_ernesto_sabato_premios.htm
- La guía de Filosofía*. (s. f.). *¿Qué es el esencialismo?* Recuperado 13 de marzo de 2022, de <https://filosofia.laguia2000.com/mistica/metafisica/que-es-el-esencialismo>
- La Vanguardia. (2020, octubre 27). *Sartre, un existencialista muy humano*. <https://www.lavanguardia.com/hemeroteca/20201028/4956504957/jean-paul-sartre-existencialismo-filosofia-discursos.html>
- La Voz de Galicia. (2013, noviembre 7). [Periódico]. *Albert Camus, el absurdo extranjero*<https://www.lavozdegalicia.es/noticia/informacion/2013/11/07/albert-camus-absurdo-extranjero/00031383809885902767773.htm>
- Larousse. (s. f.). *Jean-Paul Sartre—LAROUSSE*. Recuperado 28 de febrero de 2022, de https://www.larousse.fr/encyclopedie/personnage/Jean-Paul_Sartre/143284
- Larousse. *Albert Camus: Une vie*. (s. f.). Recuperado 6 de febrero de 2022, de https://www.larousse.fr/encyclopedie/personnage/Albert_Camus/111047

Le Point. (2017, febrero 23). [Periódico]. *La brève expérience communiste d'Albert Camus*.

https://www.lepoint.fr/societe/la-breve-experience-communiste-d-albert-camus-23-02-2017-2106972_23.php

MEMO: Política, economía y poder. (2020, junio 22). *Encuesta: Cuánta gente se identifica como*

«peronista» y cuánta, como «antiperonista». <https://www.memo.com.ar/runrunes/encuesta-cuanta-gente-se-identifica-como-peronistay-cuanta-como-antiperonista/>

Ministerio de Cultura. (s. f.). *Jean-Paul Sartre, el pensador de la libertad* / Recuperado 1 de marzo

de 2022, de <https://www.cultura.gob.ar/jean-paul-sartre-el-pensador-de-la-libertad-9157/>

Mora, D. de filosofía J. F. (s. f.). *ESENCIALISMO* / *Diccionario de filosofía José Ferrater Mora*.

Recuperado 13 de marzo de 2022, de

<https://www.diccionariodefilosofia.es/es/diccionario/l/1283-esencialismo.html>

Morell, C. (2021, enero 7). *Las 5 obras más importantes de Albert Camus*. EspectáculosBCN.

<https://www.espectaculosbcn.com/obras-mas-importantes-de-albert-camus/>

Prini, P. (1957). *Las tres edades del existencialismo*. Monteagudo.

<https://digitum.um.es/digitum/handle/10201/14841>

Ram Talks. (2021, febrero 19). *VIVIR en el ABSURDO (Albert Camus)—El MITO de SÍSIFO y la*

Filosofía del ABSURDISMO. <https://www.youtube.com/watch?v=MyPwMe2bux0>

Rédaction, L. (s. f.). *Jean-Paul Sartre: Biographie du philosophe, auteur des Mots*. Recuperado 28 de

febrero de 2022, de [https://www.linternaute.fr/biographie/litterature/1775134-jean-paul-sartre-](https://www.linternaute.fr/biographie/litterature/1775134-jean-paul-sartre-biographie-courte-dates-citations/)

[biographie-courte-dates-citations/](https://www.linternaute.fr/biographie/litterature/1775134-jean-paul-sartre-biographie-courte-dates-citations/)

Sábato, E. (1948). *El túnel*. El Mundo.

Sábato, E. (1967). *Conferencia: ¿Qué es el existencialismo?* Ediciones Culturales Olivetti.

Sábato, E. (1999). *Antes del fin*. Biblioteca Breve.

TFG

Sainz Borgo, K. (2013, noviembre 7). *Albert Camus, un centenario incómodo que Francia no sabe todavía cómo celebrar*. VozPopuli. https://www.vozpopuli.com/altavoz/cultura/culturas-historia-filosofia_0_640735962.html

Salabert, J., & Razón, L. (2007, diciembre 6). «*Entre la justicia y mi madre elijo a mi madre*». La Razón. https://www.larazon.es/historico/entre-la-justicia-y-mi-madre-elijo-a-mi-madre-JJLA_RAZON_28768/

Sartre, Jean Paul. (1945). *El existencialismo es un humanismo*. (s. f.). Recuperado 25 de febrero de 2022, de https://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:pVpBkCeFUjAJ:https://www.ucm.es/data/cont/docs/241-2015-06-16-Sartre%2520%2520El_existencialismo_es_un_humanismo.pdf+%&cd=1&hl=es-419&ct=clnk&gl=es

Soberanis, H. (2010). La filosofía del absurdo de Albert Camus. *A Parte Rei: revista de filosofía*, 68, 6.

Solenički, A. (2020). *El existencialismo en la novela El túnel de Ernesto Sábato*. (s. f.). Recuperado 7 de abril de 2022, de <https://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:Prf6QJgIubEJ:https://repositorij.ffzg.unizg.hr/islandora/object/ffzg%253A2452/datastream/PDF/view+%&cd=1&hl=es-419&ct=clnk&gl=es>

UnProfesor. (2016, marzo 3). *El pensamiento filosófico del existencialismo*. <https://www.youtube.com/watch?v=8-YgMrHtACc>